

La bolsa milagrosa	81
San Francisco de Sales	82
Predice su muerte	83
Algunas enseñanzas a los jóvenes	83
Contra la impureza se vence escapando, no enfrentando	84
Hechos, no palabras	85
Locuras santas	85
Tres cosas necesarias para convertir las almas	85
Un animalito que mortificaba	85
Salva a un ladrón	86
No condenar	86
Máximas de San Felipe Neri para alcanzar la santidad	88

Vida de San Felipe Neri

J. O.

Introducción¹

Casi como en un oasis de hermosa pureza, el día 2 de julio de 1515, nacía en las orillas del río Arno Felipe Neri, una de las glorias más grandes de toda la Iglesia.

Hijo de Francisco y de Lucrecia Da Mosciano, era un niño de cuerpo bien formado, rosado y rubio, con dos ojos azules que penetraban todo lo que miraban.

Bautizado en la fuente de San Giovanni, recibió también el nombre de Rómulo, como casi un segundo fundador de Roma, pero esta vez de la Roma Cristiana..

La infancia

Las dotes naturales se manifestaron rápidamente, tanto en su obediencia a sus padres, como en la afabilidad notoria frente a todos; entre las virtudes que también despuntaban en la vida del pequeño Felipe, se encontraban también aquella de la estudiosidad. Sucede que no habían casi virtudes que el pequeño no poseyera y trabajara: el esplendor de la grazia se transparentaba en una modestia celestial, un ardiente amor a Dios y una conciencia delicada y suave, pronta a discernir el bien del mal; era en todo pasional, en el buen sentido del término, es decir, lo que hacía lo hacía con pasión y ponía todas sus ganas hasta el fondo de las cosas.

Así, simplemente para reprimir su temperamento vivaz, su madre le dijo:

- ¡Siéntate aquí y no te muevas más!

El jovencito por su parte, permaneció inmóvil en su sillita, esperanto la orden par poder ir a jugar nuevamente con sus hermanitas. El tiempo transcurría y la madre, ocupada en los quehaceres de las mamás, se olvidó de la pequeña penitencia, hasta que pasando por allí, vio nuevamente a su hijo que, sin decir una palabra, permanecía en la misma posición en la cual ella lo había dejado.

- Ahora sí, ve a jugar si quieres, le dijo la madre.

El niño, dando un salto de alegría y volvió a sus juegos preferidos.

¹ La bibliografía que hemos principalmente consultado es la siguiente: G. INCISA DELLA ROCCHETTA – N. VIAN, *Il primo processo di San Filippo neri*, Ed. Vaticana; ANTONIO GALLONIO, *Vita di San Filippo Neri*, Ed. Presidenza Consiglio dei Ministri; ORESTE CERRI: *San Filippo Neri, aneddoto*, Ed. Il Villaggio del Fanciullo di Vergiate, Roma 1986; HANS TERCIC, Filippo Neri. *L'amore vince ogni paura*, Città Nuova; GIORGIO PAPÀSOGLI, *Un secolo – Un'uomo. Filippo Neri*, San Paolo.

Así, poco a poco, sus padres supieron educar el temperamento de aquél que sería el gran apóstol de Roma.

La bondad natural de Felipe

En la hermosa y eterna Florencia, cuna del arte italiano y ciudad obligada para el que gusta de la belleza; allí desde donde el italiano se había impuesto como lengua en toda Italia luego de la publicación de la *Divina Comedia* del Dante, crecía Felipe Neri. De carácter alegre, festivo, era un joven que se hacía querer por todos, haciéndose naturalmente el centro de la atención de sus amigos.

Las madres, que poseen para esto un especie de sexto sentido, veían en Felipe una compañía excelente para sus hijos, al punto que enviaban a sus niños a que jugaran con el fin de que se les “pegara” algo de aquella bondad natural que irradiaba el jovencito.

Entre la cantidad enorme de juegos sanos que cualquier chico podía hacer, había uno que sin duda era el preferido de Felipe: la rayuela; por eso se entenderá que inclusive ya de grande y con su sotana medio rota, siguiera jugando (icon ochenta años!) por las calles de Roma a este hermoso juego, mezcla de destreza y viveza.

Sin embargo, Felipe sabía conjugar la diversión del cuerpo con aquella del espíritu. No era un niño aburrido; itodo lo contrario! Era el joven con el cual todo el mundo quiere estar, pero sabía que el Cielo es nuestra meta y que aquí estamos solamente de paso y tenemos que aprovechar bien, muy bien el tiempo. Es por ello que cuando a veces lo invitaban a jugar sucedía lo siguiente:

- Pipo (sobrenombre de Felipe) ¿vienes a jugar con nosotros?
- Sí, pero espérenme sólo un segundo que voy a hacer una visita a Jesús Sacramentado en la Iglesia de San Marco y enseguida los alcanzo.

Así, luego de un breve tiempo de rezarle al Rey de los Cielos, llegaba hecho una tromba Felipe a ser el primero en los juegos.

- ¡Eh, ahí viene Felipe! ¡ahora sí que nos divertiremos!
- ¡A la rayuela, hagamos un desafío! Decía Felipe uniéndose al resto.
- ¡Buenísimo!, gritaban los chicos.

Evidentemente que por momentos habían bromas a veces pesadas, tanto contra él como contra los más débiles, pero Felipe se las arreglaba lo bastante bien como para ser él primero en reírse de sí mismo y hacer que las bromas sólo le afectaran a él y no a los más pequeños. Además, intentaba integrar a todos en el juego, haciendo participar a los más tímidos en los puestos más importantes; de este

El Paleólogo.....	51
Penitentes y el Crucifijo.....	51
La falsa santidad.....	52
Dormiré cuanto esté muerto.....	53
¿Cuándo dejasteis el mundo?.....	54
Busca el desprecio.....	54
Es tomado por ignorante.....	55
Las andanzas del Pievano Arlotto.....	55
Alejado de las riquezas.....	57
La vocación al Oratorio de un joven orgulloso.....	58
Cura los escrúpulos.....	58
Manos milagrosas curan a un joven judío.....	59
Dos santos en desacuerdo.....	59
La visita a las siete iglesias.....	60
El nacimiento del Oratorio.....	61
Fra Deo gratias.....	62
El agua mágica.....	63
El vino de Fra Felice.....	63
Las penitencias de San Felipe.....	64
Felipe el médico de los cuerpos y de las almas.....	65
San Ignacio y San Felipe Neri.....	65
Rechaza el cargo de canónico.....	66
La amistad con Santa Catarina de Ricci.....	66
El peinado vanidoso.....	67
La guardia suiza.....	68
Vestido al revés.....	69
Reconcilia a Enrique IV con la Iglesia.....	69
La música en el Oratorio: Palestrina, Animuccia y Tomás L. de Victoria...70	
La vidente de San Elmo.....	71
Las flores perfumadas.....	72
¿Repetir un sermón?.....	73
El roquete pesado.....	74
El humilde canta victoria.....	75
El baile de los escrúpulos.....	75
El alma de Animuccia.....	75
Algunas persecuciones.....	76
La visita de María Santísima.....	77
El apóstol de los jóvenes.....	77
La paciencia con la juventud.....	78
Libros que empiecen con la “S”.....	79
El corrector analfabeto.....	79
La pronta obediencia.....	80
La prodigiosa aparición de la virgen en la Chiesa Nuova.....	81

El amor por los pobres y el encuentro con los ángeles	14
Su amor por la virtud de la pureza	15
San Felipe y el Espíritu Santo	15
El apostolado.....	16
La vocación al sacerdocio	18
La misión en casa.....	19
Las primeras conversiones	20
¡Comed, comed sin escrúpulos!	21
“Serás, serás, serás...”	22
¿Distraerse o concentrarse para ir a Misa?.....	23
Un corazón de fuego	25
La paciencia todo lo alcanza	25
La generosidad	26
Resurrección de Paolo Massimo	27
El venerable Cesare Baronio.....	28
Todo con todos.....	30
La lógica del demonio.....	30
El ángel de la buena muerte	31
La compañía de los pájaros	32
El peso del roquete.....	33
Heroísmo de caridad	33
El condenado rebelde	34
Invita a la modestia	35
El pan y las almas del cielo.....	35
En los hospitales	36
El modo de corregir las costumbres	37
Se burla de los médicos.....	37
¡Y luego... morir!	39
Prevé la muerte de una niña	39
El Camino del infierno.....	40
Lo toman por un poseso	40
El perdón de las ofensas	41
Tened un poco de paciencia	41
El fármaco de salud.....	42
Pan y Paraíso.....	43
El pescador de almas.....	44
La vocación más preciosa	45
Felipe pone a prueba la vocación de Tarugi.....	46
La gallina desplumada y la murmuración	46
Una confesión sincera	47
La enfermera enferma	48
Los bienes de la tierra y los que se preocupan por mucho	48
El canto del “Miserere”	49

modo se ganaba su amistad y les daba la posibilidad de que fuesen aceptados por el resto de los compañeros de juegos.

La vida de Felipe en su casa

Era todavía un niño, entre diez y doce años cuando, entre sus pasatiempos preferidas estaba el de recitar salmos al estilo de los monjes.

Le parecía que, al leer o cantar los salmos, estuviese leyendo la poesía más hermosa que existiese, la oración más bella, y esto aunque no comprendiese todas las palabras que allí se escribían. Así, sentado en un ángulo de la casa y con tono de monje benedictino, cantaba las antifonas, las lecturas y los salmos, teniendo como compañía a su hermana Isabel, que le hacía las veces de ayudante de la “pequeña abadía”. Sucede que a lo largo de su infancia San Felipe supo frecuentar varias veces el convento de frailes dominicos de San Marcos, donde había escuchado más de una vez la salmodia de aquellos frailes hijos de San Domingo y Santo Tomás de Aquino.

-Escucha esto Isabel; mira qué hermoso: «Magniii- iiiii- fi – icat, anima mea Domino-o»

Así, con una dulzura y una sensibilidad artística estupenda, comenzaba su oficio de cantor de las alabanzas de Dios, uniéndose a él su hermanita que formaba parte del coro polifónico de la casa.

Sin embargo, como todos los mortales, también Pipo tenía sus defectos que tuvo que corregir.

Un día se encontraba Felipe absorto en la lectura de los Salmos con su hermana Isabel, mientras su otra hermana, Catalina, se divertía en la misma habitación con otras cosas. Luego de un tiempo de jugar sola, Catalina se acercó al grupo de “monjes” y comenzó a insistirles para que jugaran con ella y dejaran para más adelante el canto monacal.

Felipe le respondió:

- Quédate quieta, por favor; nosotros estamos rezando.

Al ver que Catalina continuaba a insistirles, Felipe perdió la paciencia y le dio un empujón que la hizo caer por tierra. Enseguida, los llantos y los gritos hicieron que la madre interviniera.

- ¡Mamá!, ¡mamá! Felipe me golpeó.

Apareció rápidamente no sólo la madre sino el padre, quien mirándolo fijamente, bastó que le dijera:

- Felipe: tú eres el mayo, por lo tanto debes dar siempre buen ejemplo.

El pobre Felipe se sintió casi desvanecer, agachó la cabeza y se retiró a su habitación con los ojos llenos de lágrimas. Su padre, conociendo que el alma de su hijo era totalmente pura, sabía que el más pequeño reto haría que el carácter comenzara a forjarse. De hecho, luego de algunos instantes, después de pedir las disculpas del caso, todo volvió a la normalidad y los niños siguieron con sus juegos acostumbrados. He aquí una enseñanza para educar en la voluntad a nuestros hijos; corregir a tiempo al árbol que comienza a crecer torcido, hace que en el futuro se eleve un roble que alcanzará los cielos.

Un pequeño milagro

Francisco Neri, padre de Felipe, poseía en la ciudad de Castelfranco de Sopra, cerca de la ciudad de Valdarno, una casa de verano que había heredado y en la que la familia solía pasar los veranos.

Allí Felipe podía divertirse a sus anchas: corría por el campo, cantaba, se revolcaba y subía a los árboles más altos, al mismo tiempo que cantaba hermosas canciones de su Toscana natal.

Un día, loco como era de hacer siempre “cosas nuevas”, quiso volverse jinete de caballos, sin saber aún cabalgar del todo bien. Frente a su casa, vio un hermoso asno y pensó que podría ser un buen animal de tan digno caballero. Se le acercó y como veía que era manso, dio un salto y montó al pobre animal. Pero el animal no era tan manso como parecía y enseguida que se sintió invadido, comenzó a dar patadas para un lado y para otro moviéndose como un torbellino. Asustado el jinete, se abrazó cada vez más fuerte a sus orejas, lo que hacía enfurecer aún más al burrito; el animal seguía dando moviéndose con todas sus fuerzas, hasta que, llegando a la puerta de un sótano que se entroncaba en un establo, cayó por las escaleras unos cinco metros hacia abajo, con tanta mala suerte que el cuerpo de Felipe quedó sepultado sobre el del burro.

Felipe, con las pocas fuerzas que le quedaban y con el animal encima, casi presintiendo lo que ocurriría, Felipe gritó desesperadamente:

- ¡Jesús, María, ayudadme!

Una de sus hermanas, presentes en la escena, gritó en busca de ayuda por lo que cuando el padre llegó hasta el lugar, se encontró con la terrible escena, apenas divisando la mano de Felipe debajo del animal.

- 23) No basta con obedecer y honrar a los superiores; es necesario también honrar también a los iguales y a los inferiores.
- 24) Felices vosotros, que sois jóvenes, porque podéis hacer el bien.
- 25) Bastarían diez personas verdaderamente separadas de las cosas del mundo y que no quisieran otra cosa que Cristo, para convertir el mundo entero.
- 26) Para ayudar al prójimo, no hay que tener ni tiempo ni lugar para sí.
- 27) Sin oración somos como bestias. Hay que elevar muchas veces nuestras mentes a Dios con una pequeña oración.
- 28) Los jóvenes se guarden de la carne y los viejos de la avaricia.
- 29) No dejes nunca de hacer el bien por la vanagloria que sientas en hacerlo. Basta que ella sea compañera y no patrona, aunque en realidad lo mejor es que sea sierva.
- 30) Nunca hables bien de ti mismo; ni siquiera para bromear.
- 31) Hay que desear superar en santidad a San Francisco, a San Pablo y a todos los santos, y aunque no podamos alcanzarlos, jamás debemos dejar de tenerlos por meta.

Índice

Introducción	1
La infancia	1
La bondad natural de Felipe	2
La vida de Felipe en su casa.....	3
Un pequeño milagro.....	4
Un joven de coraje	5
El nombre en el cielo	5
La despedida de casa.....	6
Comerciante fallido.....	6
El peregrino errante.....	8
Las primeras vocaciones y el estudio romano.....	10
El ermitaño urbano.....	11
Las contrariedades y las visitas del demonio	12

Máximas de San Felipe Neri para alcanzar la santidad

- 1) Quien busca otra cosa que no sea Cristo, no sabe lo que busca.
- 2) Felices vosotros, jóvenes, porque tenéis tiempo para hacer el bien.
- 3) No es tiempo de dormir: el Paraíso no está hecho para los perezosos.
- 4) Esquivad la excesiva comodidad, porque ella arruina lo poco bueno que hemos podido conseguir.
- 5) No os carguéis de muchas devociones; tened más bien pocas pero seguras y cumplidlas correctamente.
- 6) Sed devotos de María, porque éste es el mejor medio para obtener las gracias de Dios.
- 7) Manténganse lejos de los lugares de diversiones mundanas, porque estos nos ponen siempre en peligro de pecar.
- 8) Hijos míos: mortifíquense en las cosas pequeñas para poder mortificarse luego en las más grandes.
- 9) No os creáis maestros espirituales y no piensen que uds. convertirán a todos; primero pensad en convertirlos a vosotros mismos, que el resto vendrá solo.
- 10) No se burlen de los defectos naturales del prójimo, si queréis conservar la caridad.
- 11) No coman fuera de horario; de lo contrario no alcanzaréis jamás la continencia.
- 12) Para conservar la castidad, el mejor remedio es descubrir prontamente los propios pecados al confesor.
- 13) Un hombre sin oración es como un animal sin razón.
- 14) No os toquéis el uno con el otro, ni siquiera por broma, ni tengáis demasiada relación con las mujeres, aunque sean hermanas propias. El diablo aprovecha hasta de esto para hacer caer a los jóvenes.
- 15) Cuando vayan a confesarse, digan primero el pecado más grave, así el demonio no os tentará en ocultarlo al final.
- 16) No os excuséis jamás cuando seáis corregidos y nunca digan una palabra en alabanza propia, ni siquiera en broma.
- 17) Uno no se hace santo en cuatro días, sino poco a poco.
- 18) Nada encuentro en este mundo que me guste, pero me gusta que sea así.
- 19) Buscad siempre de ser humildes y si caéis en algun pecado, pensad que eso ocurrió a causa de vuestra soberbia.
- 20) No hay que aferrarse al medio, sino al Fin. Muchos se empeñan en mortificaciones corporales pero no piensan jamás en el fin, es decir, en amar a Dios.
- 21) Si recibís alguna corrección de parte de alguno, no os mostréis tristes, sino volved a ellos con un rostro alegre; así os reconciliaréis más fácilmente.
- 22) Quien quiere ser obedecido, que mande poco.

Con la ayuda de otras personas, lograron sacarlo debajo del cuerpo del jumento y cuando ya muchos pensaban que estuviese muerto por el color cadavérico de su rostro, luego de algunos instantes, comenzó a recobrar el color y la salud. Fue así que sin ninguna herida salió ileso de un accidente mortal, por lo que muchos vieron en ello un milagro de la Divina Providencia que destinaba a Pipo a hacer cosas grandes.

Un joven de coraje

Felipe tenía no más de catorce años cuando se desató un fuerte incendio en su casa.

- ¡Ayuda! ¡fuego! – gritaba desesperadamente su madre.

La gente se agolpaba en ayuda de la familia Neri con los pocos baldes de agua que podían sacar de los pozos. La confusión crecía, mientras el padre de Felipe arrojaba desde la ventana los objetos más importantes de la casa para poder salvar al menos algo de lo que poseían. El jovencito, a ejemplo de su padre, tomó todo esto como un juego de destreza más, y rápidamente se arrojó dentro del edificio a intentar salvar también él, las pocas cosas que aún no habían sido devoradas por las llamas.

La casa quedó destruida, pero la gente muy edificada por la valentía del jovencito, y hasta hubo alguno que llegó a decir:

- ¡Quién sabe qué será de la vida de Pipo Bueno cuando sea grande!

El nombre en el cielo

Un día, el padre mostraba a su hijo el árbol genealógico de la familia Neri, en el cual estaban escritos muchísimos personajes ilustres de la Toscana. El orgullo del padre crecía al mismo tiempo que narraba a su hijo las celebres hazañas de sus predecesores. Felipe lo miraba, lo escuchaba con respeto, pero con un dejo de poca curiosidad; sucede que una de las virtudes que a lo largo de toda su vida querrá cultivar este grande que Dios ha dado a Su Iglesia, ha sido la humildad y el desprecio de sí mismo; por eso, aprovechando momento de pausa que su padre hacía, con mucha delicadeza pero directamente le dijo:

- Papá, no te ofendas, pero lo que me cuentas no me interesa.
- ¿Cómo? ¿no piensas que es un honor pertenecer a una familia tan ilustre?, replicó el padre.

Felipe sin darse por aludido tomó el pergamino en el cual se entroaba el árbol genealógico de los Neri y mirándolo de arriba abajo, le dio vueltas y más vueltas hasta que dijo:

- Esto está muy bien, pero prefiero mil veces que mi nombre esté escrito en el Cielo más que en un pergamino. Una sola cosa deseo: iestar escrito en el Libro de la Vida!

Así, Felipe demostraba que los honores de esta tierra, aún los legítimos, son nada comparados con la gloria que nos espera en los Cielos.

La despedida de casa

La familia Neri mantuvo siempre una posición económica aceptable, sin embargo, los vaivenes del mundo hizo que por momentos los ingresos mermaran; fue por ello que Rómulo Neri, hermano de Franciso, propuso que su sobrino Felipe le ayudara en el comercio que poseía para poder ganarse su propio dinero y, de paso, aprender un oficio digno para su futuro. Pero todo esto ofrecía también un gran sacrificio para Felipe.

Sucede que su tío vivía a varios kilómetros de la Toscana, en San Germán, hacia el sur de Roma y cerca de Montecassino, donde había acumulado un gran capital. Además, como no tenía familia, pensaba que esa sería una ocasión propicia para no tirar por la borda su empresa de años y, de paso, hacer un gran bien a la familia de su hermano. Francisco conversó con su hijo y Pipo Bueno, se conformó a las expectativas paternas y una mañana, con gran tristeza pero cumpliendo lo que Dios le pedía, se alejó de su Florencia natal, saludando a todos: en primer lugar, a los frailes de San Marcos, de quienes había aprendido a rezar y a estudiar la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino (único libro que no dejará jamás de leer y releer, incluso al final de sus días); tampoco se olvidó de sus compañeros de travesuras, de los amigos, parientes y por último de su amadísima familia. Así, con sólo dieciocho años Felipe se alejaba de Toscana en la que ya no volvería a vivir jamás.

Comerciante fallido

Llegado a San Germán, luego de un largo viaje, su tío lo recibió como a un verdadero hijo, tratándolo con gran cariño y gentileza. Lo primero en lo que se preocupó fue en enseñarle el oficio, tanto en el negocio como en las compras y ventas del mercado.

Su ingenio vivaz y su rapidísima inteligencia, hicieron del joven un aprendiz ideal, conquistando rápidamente el corazón de su tío y de sus clientes.

- ¡Dios mío: pon tu mano sobre mi cabeza, de lo contrario hoy Felipe seguro te traicionará!

El preferido de Felipe para esta tarea era el P. Tarugi, quien a menudo debía soportar esta humillación.

No sólo eso; muchos de sus religiosos debían, por turnos, ir a buscar diariamente la comida del gato a una carnicería cercana.

Gracias a Dios, llegó el día en que la gata murió de muerte natural. Fue una gran pérdida para Felipe pero una alegría inmensa para todos los que frecuentaban el Oratorio.

Salva a un ladrón

Un día que San Felipe se encontraba caminando por la calle, vio venir corriendo a un jovencuelo que, habiendo cometido un pequeño robo, era perseguido por unos guardias.

El santo tuvo compasión del pobre y le indicó una pequeña calle que nadie conocía. Un instante después llegaron los guardias y le preguntaron:

- ¿Ha visto pasar por aquí a un individuo que huía?
Felipe simuló por un instante no comprender la pregunta y luego de hacerse repetir la pregunta, para ganar un poco más de tiempo, dijo:
- Les puedo asegurar que por aquí no ha pasado – dijo, mientras metía sus manos dentro de los largos bolsillos de su sotana, señalando que por allí dentro no había pasado...

Con esta broma pudo ayudar al pobre vagabundo que había robado para poder saciar el hambre que pasaba gran parte de la población romana, en esa época.

No condenar

Cuando el Santo sentía narrar alguna falta grave de parte de alguno, sea laico o sacerdote, en vez de maravillarse o escandalizarse, lo que decía era lo siguiente:

- ¡Señor: pon tus manos sobre mí; de lo contrario yo haré cosas mucho peores que éstas!

De este modo se encomendaba siempre a las manos de Dios; para ello, había compuesto una brevísima jaculatoria que decía todos los días al salir de su casa:

Dos años permaneció en la compraventa de relojes, cadenas y en fin, de todo lo que se pudiese aprovechar para la ganancia del negocio y, ante la diligencia que ponía en todo lo que hacía, su tío no dudaba en decirle:

- Con el tiempo serás un gran comerciante y mucho más práctico que yo.

Pero Felipe sentía que esa no era su vida; era poco para él, quien pensaba tener una vida demasiado “chata”, demasiado cómoda. Su corazón generoso lo llamaba a empresas grandes, al apostolado, a dar su vida por la salvación de las almas, pero... ¿cómo decírselo al tío, que tanto bien hacía por él y por su familia? Su corazón anhelaba otra riqueza, la riqueza de la gracia divina, para él y para el resto.

¿Hacerse sacerdote? No, era demasiado para él; pero... ¿qué hacer entonces?

Felipe rezaba mientras trabajaba y pedía a Jesús Crucificado que le mostrase cuál era Su voluntad. En sus frecuentes escapadas a la Montaña Spaccata (una hermosa formación rocosa), pedía fervientemente la gracia de poder ver cuál era el camino que debía seguir.

Finalmente un día se decidió y tomó la determinación de conversar con su tío, aunque esto le ocasionara un gran disgusto.

- Querido tío, tú sabes cuánto te quiero y cuánto agradezco tus delicadezas para conmigo, pero tengo que confiarte un secreto que ya no puedo guardarme para mí.
- Felipe: entre nosotros no hay secretos y yo te amo como al hijo que nunca tuve, ¿qué es lo que quieres decirme?
- Tío, lo lamento mucho pero ya no podré seguir trabajando contigo; no deseo ser un comerciante toda mi vida. No puedo...
- ¡Vamos, ánimo! – respondió el tío Rómulo, deja los escrúpulos!, intenta habituarte y con el tiempo te harás rico como yo y llegarás a ser un gran empresario!
- No, no entiendes - replicó Felipe. No me interesan en absoluto las riquezas.
- Entonces... ¿renunciarás a todo? ¿quieres renunciar a la herencia que tengo preparada para ti?
- Te agradezco tío por todo lo que has hecho por mí, pero mi corazón me dicta otro destino; yo deseo una riqueza que es de otro tipo... yo busco nada más que a Jesús.

Luego de este breve coloquio, el tío permaneció muy dolorido y luego de intentar convencerlo una y mil veces, con el corazón destrozado, terminó por aceptar las aspiraciones de su sobrino.

Así, con sólo veinte años, Felipe dejó su breve pero intensa estadía en el mundo del comercio para tomar un rumbo incierto que lo llevará por un camino que ya no tendrá retorno. Se terminaba una etapa y se abría otra, para el ave que había escapado de la jaula en la que había vivido los primeros años de su vida.

El peregrino errante

Solo en la vida y dispuesto a hacer la voluntad de Dios, Felipe se dirigió una vez más a la Montaña Spaccata a pedir auxilio a Nuestro Señor acerca de cuál sería el género de vida al cual debía volcarse; quería servir a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas, pero ¿cómo?, ¿dónde?

El macizo rocoso al que nos referimos es, según la antigua tradición, uno de las tantas formaciones rocosas que se formaron en el momento exacto de la muerte del Divino Redentor. Sucede que a la muerte de Cristo, el terremoto que nos narran los evangelios, no solamente se sintieron en Palestina, sino también en varios otros lugares. Así fue formado también Montserrat y otros hermosos lugares, como si Dios hubiese querido que la naturaleza también quedase sellada por la muerte redentora de Nuestro Señor.

En aquel macizo, además de un monasterio benedictino dedicado a la Trinidad, se erguía una pequeña capilla construida según parece a mediados del siglo XV por manos de un marinero de Gaeta y dedicada al Santísimo Crucifijo; la imagen de la Santa Cruz había concedido infinitas gracias a cuantos se llegaran a aquél lugar que permitía dominar con la vista el mar Tirreno.

Allí Felipe, en el silencio de la noche, pidió a Dios el saber cuál era el camino a seguir y sin saber todavía del todo decidió seguir el que llevaba a Roma, porque todos los caminos llevan a Roma... Sí, Roma, la cuna de la civilización antigua y cristiana, esa Roma que tanto había dado y seguiría dando a la Iglesia Católica, su cultura, su arte, sus edificios, su, su..., sí, también sus miserias, que, como en todas partes había; no por nada un gran poeta de la misma época que Felipe, Francisco de Quevedo, decía de la Ciudad Eterna:

Buscas a Roma en Roma ¡oh, peregrino!
Y en roma misma a Roma no la hallas
Cadáver son las que ostentó murallas
Y tumba de sí mismo el Aventino

Hasta allí llegó entonces Felipe, pobre como Cristo pobre, desconocido por todo el mundo, sin más que la ropa puesta, sin dónde reclinar la cabeza, como su Dios y Señor. Comenzó a su peregrinaje-vagabundeo; no sabía bien lo que buscaba, pero buscaba... y empezó por los lugares más importantes para buscar,

Hechos, no palabras

- ¡Haced propósitos concretos! No tantas palabras, ¡hechos! Jesús comenzó primero a hacer y luego enseñó. ¡Cuántos hablan maravillosamente de la virtud, pero la practican mal!

Locuras santas

Caminando por la calle, cuando veía que todos los obervaban como a un santo salido de un altar, aprovechaba a mortificarse. Así, comenzaba a bailar, a saltar, provocando la risa y las burlas de los que pasaban.

Un día que descendía las escaleras, comenzó a saltar de a dos o tres peldaños por vez, mientras que la gente lo miraba sorprendida.

- ¿Qué les parece mi juego?¿no es divertido? – decía a los que lo miraban. Con estas actitudes quería siempre ser tenido por menos y por loco antes que por santo de Dios.

Tres cosas necesarias para convertir las almas

Una vuelta le preguntaron qué era necesario para convertir los corazones.

- Fuego, Fe y Hierro – respondió.
- “Fuego”, para inflamar las almas y el corazón de Aquél que habla; “Fe” para esprar firmemente que Aquél que mandó Su Espíritu Santo, lo mandará nuevamente para iluminar las almas a nosotros confiadas y “hierro” para cortar nuestra voluntad y establecerla en la santa obediencia de Aquél que nos ha guiado por años y años.
- Pero – añadió – el fuego no debe inflamar solamente el corazón, sino también la lengua del que habla, de modo que le de una fuerza y una consistencia, cuyo esplendor pueda también traslucirse en palabras, tanto dichas como escritas.

Un animalito que mortificaba

Una de las mascotas del P. Felipe era la hermosa perrita de nombre Capriccio; sin embargo, hasta de esas pequeñas cosas sabía usar San Felipe.

Durante los paseos vespertinos por las calles de Roma, llena de gente – como siempre – quería que uno por vez y en turnos rotativos, cada uno de sus penitentes (tanto sacerdotes, obispos o simples fieles) cargaran en brazos a la pequeña gatita.

- Por favor: trátela bien porque la quiero mucho – les decía.

Contra la impureza se vence escapando, no enfrentando

Una de las virtudes fundamentales que San Felipe Neri quería inculcar en sus jóvenes, era la de la pureza, ya que sin ella es muy difícil conseguir el resto de las virtudes, tanto morales como intelectuales.

El secreto fundamental, en esa época, como hoy y siempre, es evitar las ocasiones.

- Hijos míos – solía decir el santo – mientras que a todas las tentaciones se las vence enfrentándolas, en la guerra contra las pasiones de la carne, vencen los que se escapan de ella. ¡Hay de ustedes si intentan dialogar contra esta tentación! ¡el demonio acá no entra en razones para nada!

Esto lo decía hasta por experiencia propia.

Cierto día, un hombre se le presentó con toda prisa, diciéndole:

- ¡Padre, padre, rápido por favor! En la calle Giulia está la Señora de Cesarea que se encuentra a punto de morir. Me manda llamarlo porque se ha arrepentido de su vida licenciosa y llena de pecado y no quiere morir así.
- Y bien, vamos entonces – respondió el santo.

La mujer no se encontraba para nada enferma, sino que habiendo sentido hablar de la pureza de Felipe, quería simplemente tentarlo para demostrar que no hay ningún hombre que sea totalmente puro.

- Déjenmelo a mí y verán – decía.
Una vez que Felipe llegó al lugar, lo guiaron hasta la habitación donde se encontraba la mala mujer. Cuando se hallaba allí, el hombre que lo había acompañado desapareció y Felipe se vio de un momento a otro frente a la mujer casi desnuda y mirándolo con malas intenciones.

Felipe entendió rápidamente la trampa; no dijo una palabra, sino que simplemente se hizo el signo de la Cruz y dándose media vuelta, se marchó. La mujer, por su parte, viéndose burlada por el Santo, no pudo contenerse y le lanzó un jarrón que no llegó a destino, afortunadamente.

Cuando llegó nuevamente a la parroquia, dijo a sus compañeros:

- Hoy Dios me ha librado al mismo tiempo del alma y del cuerpo – decía riéndose.

empezó por buscar el Reino de Dios. Fue así que, admirado por la belleza de la capital de la Cristiandad, visitaba las iglesias, comenzando por las Basílicas mayores: Santa María, San Juan de Letrán, San Pedro, San Pablo, San Clemente, etc., etc., hasta llegar a las catacumbas, su lugar favorito.

Su cama era el duro suelo romano, su almohada, las escalinatas de las iglesias; así pasó unos buenos días hasta que una mañana, mientras el joven aventurero pedía limosna, un buen hombre le preguntó:

- ¿De dónde eres jovenzuelo?
- De Florencia – respondió Felipe con su inconfundible acento toscano
- ¡Ah, pero yo también! ¿Cómo te llamas y dónde vives?
- Me llamo Felipe Neri y por el momento no conozco a nadie aquí, ni tengo refugio dónde pasar la noche.
- Bien, asunto arreglado; hoy vendrás a pasar la noche a mi casa, en la Plaza de San Eustaquio.

Así comenzaba la estadía romana de San Felipe, estadía que sólo terminaría con su mudanza hacia el cielo, ya que desde aquel día en adelante Felipe hizo de la ciudad de los Papas su posada permanente.

Ya en su lujoso apartamento (una habitación de dos metros por cuatro metros), el el florentino Galeotto Caccia, propuso a Felipe ser el preceptor de sus hijos a cambio de comida y hospedaje, amén de unas pocas monedas que Felipe utilizaba para dar limosna; enseguida aceptó y en su cuasi celda monacal improvisó un armario con una soga que recorría toda la habitación, donde colgaría los únicos vestidos de repuesto.

Todos los días, el panadero de la zona llevaba el pan que servía, junto con algunas aceitunas para matar el hambre del flamante preceptor de la familia Caccia; como bebida, servía el pozo de agua que se encontraba detrás de la casa.

Su vida pasó así de un momento a otro, de ser la de un joven con un cierto pasar económico, a la de un preceptor venido a menos al cual pocos tenían que envidiarle los humildes habitantes de la zona del Foro Romano (en aquella época, la zona de los foros y la del Coliseo, se encontraban en las afueras de Roma por lo que allí se reunían e improvisaban sus casuchas la gente humilde de la ciudad).

Cuando los familiares y amigos de la casa le preguntaban el porqué de su estado de vida, pudiendo tener mucho más por su educación y status social, él respondía:

- Querría ser de tan pobre como los mendigos y vivir pidiendo; querría pedir al menos una pequeña moneda y no encontrar a quién me la pueda dar.

Las primeras vocaciones y el estudio romano

Como decíamos, Galeotto Caccia había dedicado a sus hijos al cuidado de Felipe; ellos, por la afabilidad natural de su preceptor y el amor que les prodigaba, rápidamente se aferraron a Felipe como a un hermano mayor. Atraídos por su dulzura y caridad, se pasaban el día jugando con él, escuchando sus historias, sus consejos y sus pequeñas salidas a las catacumbas o a las iglesias de la ciudad.

El preceptor tenía dotes de educador; corregía con bromas y poseía una paciencia a prueba de balas; era dulce como la miel y ejercitaba ya lo que San Francisco de Sales diría algún tiempo después: “más atrae una gota de miel que un barril de vinagre”.

Cuidó y educó con tanto amor a los dos jóvenes que en poco tiempo la gente de la zona comenzó a llamarlos “los dos ángeles”. Cuidadosísimo al máximo en corregir hasta el más pequeño defecto, estudiaba a sus dirigidos como si fuesen un terreno fértil a cultivar; tenía cuidado en cuándo plantar, en cómo podar, en cuándo regar y ivaya si el trabajo dio frutos! Con el tiempo, Michele llegó a ser sacerdote en la Florencia de Felipe, mientras que Hipólito, con el nombre de Andrea, se hizo monje cartujo.

Nacían así las dos primeras vocaciones de un sinnúmero de soldados de Cristo que san Felipe despertaría para la eternidad.

Todos, jóvenes de las distintas edades y sexos, se dirigirían más tarde hacia él para recibir un consejo acerca de abrazar o no la vida religiosa. En cuanto a las jóvenes, normalmente eran aconsejadas a que fuesen al convento de las religiosas de Tor de'Specchi, mientras que a los jóvenes les aconsejaba – una vez que la Compañía de Jesús hizo pie en Roma – la orden religiosa fundada hacía poco tiempo por San Ignacio de Loyola. Se llegó así a formar una hermosa amistad que duraría por años entre los dos santos; San Ignacio amaba enormemente a San Felipe y pasados los años, haría lo imposible para que su amigo formase parte de su Compañía, sin embargo, Felipe sentía una forma de apostolado diferente y por ello no aceptó nunca la invitación.

Por ello San Ignacio solía decir:

- Felipe es como una campana que llama a otros a la Iglesia, pero que permanece siempre en el campanario: manda a los otros a la vida religiosa, pero él permanece en el siglo².

² Por “siglo” se entendía la vida fuera de una orden o congregación religiosa. San Felipe siempre perteneció al clero romano, salvo cuando llegado el momento, fundó su propia congregación religiosa.

Predice su muerte

En abril de 1595, el Santo se encontraba gravemente enfermo en su lecho de muerte. Los médicos temían la inminente partida. A uno de sus discípulos que estaba enormemente triste, le decía.

- Tienes miedo de la muerte, ¿eh...? ¡Pero no! ¡yo no tengo miedo para nada! ¡Hijos míos! ¡Hay que morir! ¡hay que morir!.

A Germánico FEDeli, uno de sus más cercanos, le decía:

- Oh Germánico, ¡qué cosas verás en los próximos días! El veinticinco me voy.

En efecto, el 25 de mayo ese mismo año, luego de confesar a una gran cantidad de peregrinos, celebró la Misa con los acostumbrados temblores de corazón y luego se retiró a descansar.

Una vez en su lecho, exclamó:

- Finalmente, es momento de morir.

Era el alba del 26 de Mayo de 1595, solemnidad del Corpus Christi, cuando el apóstol de Roma entregaba su alma al Señor. Llegó a decirle a uno de los suyos:

- ¡Antonio! Me voy; llama al resto.

Una vez que sus discípulos entraron en la habitación, los bendijo a todos y murmuró una oración mientras expiraba serenamente.

Su cuerpo se mantiene incorrupto desde ese momento, habiendo sido exhumado y analizado por varios médicos de distintas confesiones sin encontrar la causa médica que responda a dicho fenómeno.

Además, una vez que analizaron su cuerpo, pudieron ver que su corazón era mucho más grande de lo normal; había sufrido una dilatación totalmente anormal, al punto de haberle fracturado más de una costilla.

Algunas enseñanzas a los jóvenes

Cuando frecuentemente era llamado a visitar a los moribundos, muchas veces hacía ir a algún sacerdote con una bolsa de paño que era usada para poner reservar los corporales que se utilizan para la Santa Misa.

La bolsa estaba totalmente cerrada, de modo que ninguno pudiese ver lo que había dentro. Cada vez que se la daba a alguno, le repetía celosamente que nunca la abriese, sino que solamente la pusiese sobre el lugar donde el enfermo poseía la dolencia.

- ¡Esta bolsa – repetía – es muy milagrosa y obtiene enormes curaciones! Luego de usada, ordenaba que rápidamente se la devolvieran.

Existía así, un cierto misterio alrededor de aquella bolsa; en realidad no era más que una bolsa común y corriente, invención de la humildad del Santo para desviar un poco la atención sobre su persona. Fue por ello muy graciosa la cara de todos los que, luego de la muerte de San Felipe, abrieron la bolsa y se encontraron que ella estaba completamente vacía.

San Francisco de Sales

El joven Francisco de Sales, visitó Roma por primera vez en 1591; era todavía laico y no se le había pasado todavía por la cabeza el hecho de ser sacerdote, sin embargo, sentía dentro de sí un ardoroso deseo de Dios.

Luego de conocer los lugares santos de Roma, quiso también visitar a los santos de la ciudad, fue así como un día decidió ir a la Chiesa Nuova.

Felipe contaba entonces con setenta y siete años y se hallaba en la plenitud de su apostolado, lleno de fieles y discípulos, esperaba simplemente el momento en que Dios lo llamara a descansar en la Patria del cielo.

Apenas llegó el joven Francisco, Felipe lo besó en la frente y le dijo:

- Tu harás serás un gran siervo de Dios y harás un gran servicio a la Iglesia. El joven no entendía de qué se trataba, ya que era la primera vez que se veían, y ante tal halago no pudo más que ruborizarse.

Con el tiempo, Francisco se convirtió en un gran sacerdote y obispo y tomó como moderlo de su congregación la regla de los padres del Oratorio. Así, el santo de la alegría y el santo de la dulzura, serían dos luminarias de la Iglesia que inspirarían a otro grande a partir del siglo XIX: San Juan Bosco.

Pero no sólo se dedicaba a enseñar, sino también a aprender.

Desde los primeros días de su estadía romana, Felipe se dio cuenta de la posibilidad inmensa que tenía de poder frecuentar no sólo las iglesias romanas y sus lugares santos, sino también el patrimonio que la Cristiandad había legado en más de quince años de historia. Es que Felipe tenía también una gran vocación por las artes y las ciencias; la misma se había despertado ya en su Florencia natal, donde bajo la guía de los padres dominicos de San Marcos, había aprendido las primeras letras y, en especial, la ciencia del Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino.

Fue así entonces como inmediatamente se inscribió en el Archigimnasio de la Sapienza, donde realizó de manera ordenada los estudios filosóficos. Todos quedaba asombrados de la ciencia del joven florentino y de su inteligencia perspicaz y aguda, al punto que el célebre filósofo Alessandro Buzio, su compañero de estudios, llegó a recordar con placer su “bellísimo ingenio”.

Felipe discutía con claridad y profundidad, tanto las cuestiones filosóficas como las teológicas. Escribía con gracia en especial la poesía en verso, sea en el ámbito religioso como satírico (hay un número considerable de canciones que luego el mismo santo llegó a componer para su Oratorio).

De la filosofía pasó al estudio de la teología con los Padres Agustinos; todo iba de bien en mejor, las calificaciones, las amistades que comenzaba a hacer, las futuras promesas...; sin embargo, cuando creyó estar lo suficientemente preparado, tomó otra de las resoluciones que a más de uno dejó pasmado: dejaría los estudios para dedicarse por completo a las obras de caridad. Más de uno intentó persuadirlo, pero él, encendido en el fuego del amor divino, quiso vender todos sus libros al igual que Santo Domingo y hasta con lo recavado se las ingenió para hacer caridad, dando todo a un joven estudiante de nombre Sirleto, que, con el tiempo llegó a ser bibliotecario de la Santa Iglesia.

- No hay que dejar pasar el tiempo para hacer el bien, porque la muerte llega cuando menos se la espera – decía.

Así comenzaba una nueva vida para Felipe.

El ermitaño urbano

Dejando su cómoda vida y vestido con un sayal y capucha, acompañado solamente de un evangelio, comenzó a dar vueltas por Roma en medio de la gente humilde y abandonada de los hombres. Se volvió algo así como un fraile laico; era el amigo de todos, el consejero de quien necesitara confort, el padre de los pobres

y necesitados. Vivía con ellos, los amonestaba a vivir según el orden establecido por Dios.

Pasando por el mundano barrio del Trastevere, zona difícil por sus bandoleros y casas de mala reputación, se acercaba a los jóvenes que, al inicio se burlaban de él arrojándole piedras y escupiéndole.

- ¡Eh! ¡Fra' Pipo! ¡fraile de mala muerte! ¿sabes hacer algo de bueno? ¿sabes jugar a algo?

Él no esperaba un segundo y se unía a la pandilla y sin responder a las injurias, se unía a ellos conquistándolos con su alegría y dulzura habitual; hacía como decía San Ignacio: “entra por ellos y sal por ti”, ya que luego de un par de horas de burlas y bromas, comenzaban a tomarle simpatía, puesto que se esmeraba en el juego y simplemente les demostraba su afecto; por ello, cuando hacían una pequeña pausa, aprovechaba para desviar las malas conversaciones y dirigirles algunas breves pero eficaces palabras edificantes que hacían que aquellos jóvenes fueran poco a poco cambiando de manera de ser:

- Amigos, estad alegres; reíd, saltad, jugad, ¡todo menos pecado!

Algunos naturalmente tomaban también estas palabras para la broma, pero finalmente terminaban por escucharlo atentamente, prendidos de su caridad y bondad. Así las calles y las plazas de la Ciudad Eterna, comenzaron a ser lugares familiares en la vida de Felipe, haciendo de los lugares más necesitados sus lugares favoritos. Una cosa interesante es que él no esperaba que la gente se le acercara, sino que, por el contrario, él se adelantaba a ellos, como el padre al hijo pródigo de la parábola evangélica, como el buen pastor, que debe meterse en el barro y salpicarse con el fango hasta encontrar la oveja perdida. Había quienes intentaban hacerse los desinteresados, pero él con el pretexto del juego y de la música, con las bromas que hacía y dejaba hacerse, lograba acercarse más y más hasta conquistar las almas más duras.

Queridos míos, decía: - ¿Cuándo comenzaremos a hacer el bien?

Las contrariedades y las visitas del demonio

No todo iba color de rosa para Felipe, habían momentos en los cuales no era comprendido, especialmente por aquellos que veían en él a un vagabundo algo maniático que se dedicaba a pasar sus horas en medio de los ociosos y bandoleros. Además el cansancio que debía sufrir permanentemente por su celo apostólico tenía pocas veces un lugar para sosegar, de todas maneras, se las arreglaba para retirarse de tanto en tanto a lugares solitarios donde pudiera rezar y meditar los misterios que luego debía predicar entre los mendigos y miserables de la ciudad.

- Padre: perdonadme por no haber obedecido prontamente.
- Está bien; ¡ahora vete y quédate con tu dinero! – dijo Felipe – y aprende para el futuro a someterte prontamente a la obediencia.

La prodigiosa aparición de la virgen en la Chiesa Nuova

Contrariamente a lo que se piensa, la mayor parte de la vida de San Felipe Neri, transcurrió no en la actual Chiesa Nuova, sin en San Jerónimo de la Caridad. En actual iglesia donde se venera el cuerpo incorrupto del Santo, sólo vivió algunos pocos años.

En el antiguo emplazamiento de la colosal Chiesa Nuova (o Santa María in Vallicella) se hallaba antiguamente una pequeña construcción de la cual hoy no queda casi nada.

Allí, mientras comenzaba la construcción del nuevo santuario, se oficiaba la Santa Misa en uno de los ángulos de la construcción, para provecho de los fieles.

Una mañana, de improviso, el P. Felipe mandó llamar rápidamente al P. Luccio, quien hacía las veces de párroco interino para la gente de aquella zona y celebraba diariamente la Santa Misa en esa pequeña capilla improvisada durante la construcción de la nueva iglesia.

- Se me ha aparecido esta noche la Madre de Dios y he visto que sus manos sostienen el techo de la pequeña capilla que ud. usa. Hágalo examinar rápidamente.

El P. Luccio fue con los obreros y pudo ver, para sorpresa de todos, cómo uno de los tirantes del techo estaba destruido mientras el de la iglesita colgaba milagrosamente sin apoyo de ningún tipo.

La Virgen, una vez más, había estado del lado de Felipe.

La bolsa milagrosa

No queriendo el santo que se conociese su virtud de hacer milagros, se servía muchas veces de distintos objetos para jugar a varios una broma. ¡Hasta usaba una pantufla que San Pío V le había regalado hacía años!

- Yo no soy el que hace milagros, sino que es la fe que los fieles la que los obtiene.

medio analfabeto sería el corrector de la regla que él había redactado para los “Oblatos de San Ambrosio”.

- Tú debes corregir esta Regla – dijo Felipe, mientras le ponía un libro en las manos.
- Pero amigo... ¡tú sabes bien que yo no sé ni leer ni escribir! ¿cómo podré hacerlo?
- Se lo harás leer a algún hermano de tu orden y harás anotar lo que creas conveniente. Luego se lo entregaremos nuevamente al cardenal
- Si así lo quieren, entonces lo haré.

San Carlos y San Felipe dejaron el convento; el famoso cardenal de la contra-reforma estaba extrañado, pero confiaba en San Felipe.

Luego de algunos días, el libro con la Regla volvió a las manos de Borromeo con ciertas indicaciones de parte de Fra Felice. Había hecho anotar las cosas esenciales y las mismas despejando las dudas que Borromeo tenía acerca de la nueva fundación.

- Me habéis indicado una persona sabia – le dijo al P. Felipe. No creía que aquél hermano pudiese darme sugerencias tan preciosas.

Una vez más, lo esencial era invisible a los ojos.

La pronta obediencia

El Papa Sixto V había asignado a Baronio una pensión anual para que pudiese hacer frente al costo de la publicación de los “Anales de Historia de la Iglesia”. Sin embargo, apenas lo supo Felipe, mandó decirle a Baronio que devolviese todo el dinero al Papa.

El gran historiador tenía realmente necesidad del dinero para poder continuar con esa monumental obra maestra de la historia. Fue por ello que intentó explicarle las razones por las cuales convenía hacer buen uso de ese dinero para la publicación.

- Decidle a Baronio – dijo Felipe – que devuelva el dinero o que se vaya. No tengo necesidad ni de él ni de nadie.

Baronio, que tanto amaba al P. Felipe, delante ese mandato, no pudo oponer resistencia; se presentó antes sus pies y le dijo con lágrimas en los ojos:

El campo, las afueras de Roma, las catacumbas, todo lugar era propicio para para rezar y no solamente de día! Como si la luz del sol fuese poco para dedicarse a Dios, Felipe pasaba varias horas de la noche en oración, sobre todo frente a las iglesias de los santos, rezándoles a ellos para que intercedieran ante el Rey de reyes. No tenía necesidad de entrar en ellas; sabía que dentro se hallaba Jesús Sacramentado que, al igual que él, no dormía ni descansaba desvelándose por su grey. Dicha costumbre de peregrinar, y en especial de noche, no la perdió el santo a lo largo de toda su vida, por lo que aún grande encontraba gran placer en las caminatas nocturnas a lo largo de las peligrosas calles romanas. Los lugares santos eran las mejores habitaciones para pasar la noche, pero en especial Felipe tenía una devoción gigante por los primeros mártires de la Iglesia; aquellos neo-cristianos que debieron dar sus vidas en testimonio de la Fe, llegando a ser su sangre – al decir de Tertuliano – “semilla de nuevos cristianos”, eran el modelo que este nuevo apóstol deseaba imitar.

Una noche, se encontraba en las catacumbas de San Sebastián; todo se encontraba a oscuras y Felipe rezaba, caminaba penosamente por los corredores de las interminables tumbas que albergan los huesos de los primeros mártires de Cristo. Improvisamente se le aparecieron tres figuras fantasmales, las cuales se abalanzaron directamente sobre él; una nube oscura lo envolvió y por un momento se sintió turbado sin saber qué hacer. Sin embargo, armándose rápidamente de coraje, se hizo la señal de la Cruz y todo se desvaneció en un instante. Fue ésta la primera de una larga serie de “visitas” que el demonio le haría a lo largo de su vida.

Sin embargo no fue la única. Una noche, pasando por las cercanías de las termas de Diocleciano, mientras el santo recitaba el rosario, escuchó un grito desesperado que lo hizo detenerse. Se dirigió rápidamente en dirección del sonido estrepitoso y una vez que llegó allí vio un espectáculo horrendo: echado sobre las ruinas de los antiguos muros estaba un monstruo de aspecto repugnante que reía descaradamente.

El santo, sin perder la calma comenzó a observarlo atentamente y pudo ver el extrañísimo fenómeno; sucede que la figura del monstruo cambiaba de un momento al otro; primero se transformaba cambiando su rostro al de un viejo libidinoso, para luego pasar a tener los rasgos de un joven triste y amargado. Luego de ver el extraño suceso por unos breves instantes, el santo invocó el nombre de Dios y dijo:

- Yo te lo ordeno, en nombre de Dios ¡dime quién eres!

El monstruo, luego de dar un gran grito, desapareció dejando detrás de sí una orla de humo que hacía al aire irrespirable. Era el demonio, que una vez más había querido asustar al santo y disuadirlo de su vida de oración y apostolado.

De esta manera, Felipe iba creciendo en virtud y santidad, aprovechándose de la más mínima oportunidad para crecer en amor a Dios y Su Iglesia.

El amor por los pobres y el encuentro con los ángeles

“Cualquier cosa, hasta la cosa más mínima que hagáis a uno de estos pequeñuelos, me la habréis hecho a mí”, decía Cristo.

Sucede a menudo en la vida de los hombres cosas a las cuales no les damos importancia. ¿Cuántas veces pasamos al lado de un mendigo y ni siquiera nos percibimos de su presencia? Sin embargo, ¡cuántas veces nos damos vuelta para ver a una persona bien vestida! Algo similar quiso enseñarle Dios a nuestro santo, para que viera cuán importante son los pobres en la vida de un cristiano.

Una helada tarde de invierno, pasando Felipe por una de las esquinas de Roma, vio a un pobre miserable que le extendió la mano pidiéndole una pequeña limosna; el pobrecito se hallaba todo llagado, pálido, muerto de frío. El santo, que a ninguno negaba su caridad, habría querido llenarlo de regalos, pero lamentablemente también él se encontraba pobre, por lo que no pudo sino darle unas poquísimas monedas que había podido recolectar durante ese día. Mientras se encontraba todavía buscando en sus bolsillos, vio con gran asombro cómo el mendigo se transformaba en un bellissimo joven ricamente vestido y casi de aspecto celestial.

Felipe quedó inmóvil, sin saber qué hacer, con la poca limosna entre sus manos.

- Quédate con todo – dijo aquél extraño personaje – quería ver solamente tu generosidad. Yo soy el ángel de Dios que tanto te ama.

Dicho esto desapareció de su vista.

Sin embargo esa no fue la única vez que los ángeles intervinieron en la vida de San Felipe. Una noche, al enterarse que un hombre de gran riqueza había sufrido una gran pérdida económica y se hallaba en la miseria total, sin dignarse pedir auxilio por temor al escarnio público, rápidamente se dirigió hacia su casa para ofrecerle al menos su conforto espiritual.

Todas las correcciones eran de modo amable; así los jóvenes no tomaban a mal lo que se les decía, sino que entendían más rápidamente y sin rencor lo que quería indicarles.

Libros que empiecen con la “S”

- ¡Leed libros! ¡leed libros que empiecen con la letra “S”! – decía el Santo.
- ¡Sí! – decía; leed la “S”agrada Escritura, la Vida de los “S”antos, los “S”antos Padres. ¡Éstos eran los libros con los cuales los santos se hicieron santos! ¡Hay tantos libros! Muchos de ellos son malos y otros no sirven para crecer en la virtud.

La lectura de los Santos fue para Felipe esencial; hasta el día de su muerte se hacía leer pasajes de la vida de San Bernardino de Siena y la “vida de los Santos”.

El corrector analfabeto

La amistad de San Felipe con San Carlos Borromeo, es por todos conocida. Los unía un gran ideal que permitía que sus corazones estuviesen unidos, a pesar de que ambos se hallaban a kilómetros de distancia, uno del otro.

Cierta vez, cuando San Carlos había pensado fundar una comunidad religiosa y se encontraba redactando la regla de fundación, viajó desde Milán a Roma para que Felipe le diera ciertas indicaciones a tener en cuenta.

- Conozco un hombre de Dios que puede hacer lo que le pides – dijo Felipe, declinando la invitación a corregir la regla.
- ¿Quién es? – preguntó San Carlos
- Fra Felice de Cantalice; un hombre de admirable simplicidad.

Cuando fueron a verlo al convento de los capuchinos, debieron esperar a que terminara de arreglar la huerta que estaba plantando; luego el diálogo se desarrolló de la siguiente manera:

- ¡Buenas tardes! – dijo Fra Felice – perdonen si me presento de este modo, pero estaba en el jardín.
- ¡Amigo! ¿excusarte de qué? ¡es una ocupación muy importante la de jardinero! Siente: el cardenal de Borromeo, aquí presente, desea algo de ti.
- ¡Siervo suyo, su señoría – respondió ilustremente Fra Felice.

San Carlos permaneció un rato sin decir palabra; no sabía si se encontraba frente a una nueva ocurrencia de San Felipe o si realmente ese jardinero

Los quería siempre alegres y contentos (“hagan todo, menos pecados”, solía decir). Su primer cuidado era combatir en los jóvenes las pestes del ocio y de la tristeza, ya que ellas llevan a cometer innumerables pecados. Para ello, procuraba siempre tenerlos ocupados: los llevaba de paso, los hacía cantar, jugar, en fin, divertirse sanamente.

Se hacía niño con los niños; jugaba con ellos (incluso cuando era ya un hombre anciano), ofreciendo un espectáculo fascinante.

Bastaba que el santo abriese la boca para que os jóvenes lo rodearan para escuchar la anécdota o la historia que contaría.

Su dulce sonrisa, su palabra siempre amable, su paciencia, hacían que fuese una persona irresistible para el entorno juvenil.

- Estad alegres hijos míos – les decía – siempre alegres, porque la alegría es el modo mejor para alcanzar la perfección, mientras que la melancolía siempre nos aleja del camino del bien.

Cuando veía a un joven algo apartado del grupo y con el ceño fruncido, se le acercaba y le decía:

- ¡Te juego una carrera! ¡verás cómo te gana este viejito!

La paciencia con la juventud

Un día fue a visitarlo un prelado muy importante. Como lo viera en el medio del patio con los niños, inmerso en un griterío infantil, le dijo:

- Padre: ¿cómo hace para soportar tanto caos?
- Hijo mío – le respondió – ¡mientras no cometan pecados, soportaría que me serruchasen un pedazo de leña en la espalda!

Solamente cuando el lío se sobrepasaba demasiado, Felipe caminaba entre ellos y decía amablemente:

- Hijos... tranquilos... tranquilos... estéense más quietos, ¡si pueden!

A alguno le daba una pequeña bofetada, mientras le decía:

- ¡No a ti! Es al demonio al que le quiero pegar.

Llegado a la Via dell’Orso y absorto en la misión que lo esperaba, fue embestido por un carruaje que lo precipitó en una fosa profunda que serviría de fundamento de columna para un nuevo edificio en construcción. Dado la oscuridad de la noche, nadie se percibió del hecho y fue así que de un momento a otro Felipe se vio sumergido a varios metros de profundidad y completamente a oscuras. Pasado unos breves instantes, el santo intentó reponerse de la caída y comenzó a escalar, pero a medida que subía, la tierra húmeda cedía cada vez más corriendo el peligro de morir aplastado. Luego de que el santo acudiera a Dios, súbitamente la fosa comenzó a iluminarse y una mano misteriosa lo tomó por los cabellos hasta llevarlo fuera. Otro ángel había intervenido para que el santo pudiese seguir haciendo obras de bien en pos de su prójimo.

Así Felipe pudo corroborar que sus acciones, como las de todos los hombres, no están guiadas solamente por nuestro arbitrio, sino que Dios ha puesto en nuestras vidas otros seres para que nos sirvan de guía en nuestro peregrinaje terreno.

Su amor por la virtud de la pureza

Si bien Felipe intentaba cultivar todas las virtudes necesarias para llegar al cielo, una de las que más cuidaba era aquella que nos asemejan a santos en el cielo: la pureza de cuerpo y alma.

Una tarde, mientras estaba en una calle solitaria, se le acercaron dos jóvenes para conversar y bromear un rato. Al inicio todo iba bien, pero poco a poco la conversación de los nuevos acompañantes, fue subiendo de tono más y más, llegando a faltar a la pureza; entonces Felipe, con ánimo decidido exclamó:

- ¡De ninguna manera permitiré este tipo de groserías!

Los dos jóvenes, en vez de frenarse, no le dieron importancia y continuaron con sus conversaciones mundanas, intentando probar la virtud del joven florentino. Retomando la palabra lentamente, Felipe fue llevando la conversación hacia las cosas de Dios, terminando por ganarles por cansancio y recuperando aquellas almas para Dios.

San Felipe y el Espíritu Santo

Entre las miles de devociones que un cristiano puede tener, hay un que normalmente pasa por desapercibida: es justamente la devoción a una de las tres personas de la Santísima Trinidad. Sí, el Espíritu Santo es ese “gran desconocido” del cual hablaba el gran escritor, el P. Royo Marín; ni más ni menos que Esposo de la Santísima Virgen, acompaña misteriosamente las acciones de los hombres y los hace crecer en gracia. Felipe sabía bien que debía pedir sus dones y es por eso que

en la primavera romana del año 1544, en las primeras vísperas de la fiesta de Pentecostés sucedió lo que sigue.

Felipe se encontraba rezando en las catacumbas de San Sebastián, a las afueras de Roma, y pedía insistentemente recibir los dones que el Espíritu Divino prodiga a todos aquellos que se lo ruegan: inteligencia, sabiduría, ciencia, consejo, temor de Dios, piedad y fortaleza. Improvístamente, se vio inundado de una alegría inmensa y vio como todo el lugar en que se hallaba comenzó a iluminarse de una extraña luz. El santo se levantó y vio descender desde lo alto un especie de globo de fuego que entrando por su boca, inflamó su pecho haciéndole sentir un fuego interior que le parecía morir. Su corazón, al contacto con las llamas, comenzó a dilatarse rápidamente al punto que sus huesos no resistieron más y dos de sus costillas terminaron por romperse.

Sintiendo un fuerte temblor en todo el cuerpo, podía percibir cómo su corazón ardía como devorado en llamas; era un dolor fortísimo, pero a la vez precioso, ya que no quemaba para destruir, sino para mostrar el amor que Dios tenía por su hijo. Tanto era su alegría en aquel momento que llegó a exclamar:

- Basta... ¡oh Señor, por favor, basta!

El Espíritu Santo, que tanto Felipe había pedido, había descendido sobre él, como hacía 1500 años lo había hecho con María y los Apóstoles reunidos en el Cenáculo. Desde aquel momento Felipe sentirá permanentemente arder todo su cuerpo, al punto tal que no sentirá jamás frío y hasta en las heladas más crudas del invierno, permanecerá con ropa ligerísima sin sentir nada de frío. En verano, sin embargo, sufrirá el calor al punto de no poder ni siquiera usar los ornamentos litúrgicos que la Iglesia solicitaba para algunos momentos del año; el Papa se encargará de dispensarlo.

El apostolado

Los primeros discípulos del Señor fueron llamados apóstoles porque tenían por encargo predicar la palabra de Dios allí donde eran enviados, de allí que con la palabra “apostolado” se quiera significar esa acción de dar testimonio de Dios frente a los hombres. Pero todo cristiano y no solamente los apóstoles deben hacer apostolado, ya que – como dice Cristo – no se enciende una lámpara para esconderla debajo de una cama, sino para hacerla relucir frente a todos y mostrar cuál es el camino entre las tinieblas. Felipe, como buen cristiano, sabía bien esta obligación que le venía por el bautismo, pero específicamente no tenía todavía bien claro qué es lo que concretamente debía hacer, ya que hay mil formas de servir a Cristo.

- ¡Ud. es un ambicioso y un soberbio! – repuso el cardenal. ¡Le prohíbo absolutamente todo tipo de reunión! ¡le prohíbo además, celebrar y confesar por dos semanas! ¡sométase a la Santa Iglesia!
- Haré como ud. diga – dijo el santo.

Ya en su parroquia, el santo se mostraba tranquilo y sereno:

- Hijos míos: esta persecución no es por vosotros, sino por mí. Dios la permite para que pueda expiar mis pecados; quedaos tranquilos porque pronto se acabará.

En efecto, luego de pocos días, el cardenal Vicario, murió de una enfermedad mortal y todo el pueblo romano vio en ello un castigo divino por dar oídos a una acusación injusta contra el patrono de Roma.

La visita de María Santísima

Estando una tarde enfermo a causa de sus múltiples ocupaciones, se sentó de improviso y gritó:

- ¡Ah virgen santa! ¡Señora mía! ¿quién soy yo para que te dignes visitarme? Pronunció estas palabras con tal vehemencia, que las mismas paredes temblaron.

Los discípulos, alarmados por el alarido del Padre, entraron en la habitación y vieron que Felipe se hallaba a unos cuantos palmos de la cama, suspendido en el aire y con las manos extendidas hacia lo alto.

Todos quedaron atónitos ante el espectáculo y nadie se atrevía a proferir una palabra. Llegaron los médicos y él, bajando los ojos les dijo:

- Déjenme tranquilo... ¿no queréis que yo abrace a Nuestra Señora que ha venido a visitarme? No tengo necesidad de uds. Porque la Virgen me ha curado de mis dolencias.

Los médicos, una vez más, no daban en el clavo frente a San Felipe.

El apóstol de los jóvenes

La táctica de San Felipe era la misma que los santos han seguido a lo largo de los siglos. No había grandes secretos; simplemente había que quererlos y demostrarles el amor que se les tiene.

En 1571 falleció el insigne músico del Oratorio, Giovanni Animuccia; gran amigo del Santo y conocido mundialmente por sus hermosas composiciones sagradas.

Habían transcurrido tres años desde su muerte, cuando Alfonso Portoghese, mientras volvía del Oratorio, se vio aparecer improvisamente la figura del célebre músico.

Vestía como de costumbre, pero tenía el rostro extremadamente triste; parecía que hubiese estado pasando largos sufrimientos.

- Dile por favor al P. Felipe que rece por mí; tengo mucha necesidad de ello. Luego de estas palabras, la figura de Animuccia desapareció.
- ¿Cómo es posible? – se preguntaba Portoghese. ¡Hace más de tres años que está muerto!
Rápidamente fue a encontrar al P. Felipe y le narró lo sucedido.
- Hay que ofrecer misas por él – respondió.

Pasados algunos días y recordando algunos hechos de la vida del Maestro, Felipe dijo improvisamente:

- ¡Animuccia llegó!
Con esto, el Santo anunciaba que el alma del gran músico había llegado a la patria celestial.

Algunas persecuciones

Algunos habían referido falsamente al Cardenal Vicario de Roma, que Felipe levantaba a las masas contra las autoridades; en especial, criticaban las peregrinaciones a las siete iglesias y los paseos públicos que el Santo mezclaba con cantos, sermones y alegres juegos.

Felipe fue llamado a la curia y el cardenal le dijo:

- Ud., que dice despreciar el mundo, es el más ambicioso de todos; busca la gloria para sí mismo y sos de lo más demagógico con la gente.
- Solamente y únicamente para mayor gloria de Dios he hecho lo que he hecho – respondía humildemente Felipe. Comencé con la visita de las “siete iglesias” para contrarrestar la corrupción del carnaval y las demás fiestas paganas; no fue otra mi intención.

Una mañana, luego de haber pasado la noche en las escalinatas de la Basílica de San Juan de Letrán y mientras se encontraba junto con los pobres con quienes conversaba amablemente, vio la figura de un hombre misterioso; tenía un aspecto demacrado; flaco, sin calzado y cubierto con las pieles de un camello, llevaba por bastón una especie de cruz. Su rostro era austero y pálido, signo de las penitencias que había hecho. Felipe se le acercó y exclamó sorprendido:

- ¡Dios! ¿Qué veo? ¡Eres ni más ni menos que San Juan Bautista, el Precursor de Nuestro Señor!

Fue tal la emoción que cayó inmediatamente de rodillas y se puso a rezar. Desaparecida la imagen del Precursor, el santo entendió que lo que Dios le pedía era lo mismo que a San Juan Bautista: hacer obras de caridad por la salud espiritual del prójimo.

Sin embargo no comenzó su obra solo; sucede que desde hacía algún tiempo se había constituido una pía cofraternidad de almas piadosas alrededor del sacerdote Persiano Rosa, confesor del santo y un hombre de Dios. Ellos vivían en comunidad y se dedicaban a asistir a los más necesitados, haciendo obras de misericordia, tanto espirituales como corporales, en especial con los peregrinos que venían a Roma en búsqueda de alguna gracia especial por parte de sus santos.

Las peregrinaciones, no como ahora, eran muy comunes en el mundo del medioevo y hasta no hace mucho tiempo las gentes caminaban kilómetros y kilómetros para poder llegar hasta la tumba del santo de su devoción, para pedir una gracia especial o simplemente para agradecer alguna recibida. Roma era una de las metas más comunes, como así también Santiago de Compostela en España y los Santos Lugares en Tierra Santa. Sin embargo, luego de tanto tiempo de fatigas y esfuerzos, muchos de los que llegaban a la meta deseada, lo hacían en condiciones pobrísimas, llenos de enfermedades y abandonados a la buena de Dios, por lo que se veían obligados a pedir limosna y esperar que algunos buenos cristianos se la diesen.

Felipe entendió que eso era lo que Dios le pedía en aquel momento: ayudar a los peregrinos necesitados, por lo que el 16 de agosto de 1548, junto con el P. Rosa, inició una pía sociedad llamada “la Confraternidad de los peregrinos”, que se ocupaba de dar asilo y comida a los peregrinos necesitados que acudían a la Ciudad Eterna. Los integrantes de la misma, no solamente daban el sustento material curando las llagas y dándoles de comer, sino que también los ayudaban en la recepción de los sacramentos y les predicaban con fervor el amor por los santos lugares.

El Papa bendijo la obra que tanto bien hacía, en especial en ese momento ya que en el año 1550 tuvo lugar un Jubileo que inundó Roma de peregrinos

necesitados de todo tipo de ayuda. Los integrantes de la Confraternidad, no descansaban jamás: daban vueltas por las calles buscando a los más necesitados y les procuraban el sustento necesario, al punto que se vieron obligados a alquilar diversas casas para poder albergar a la gran cantidad de peregrinos que ascendía al fabuloso número para esa época de quinientas personas diarias.

Tal era el fervor que aquellos hombres ponían que hasta los mismos grandes señores y señoras, y hasta los cardenales y el mismísimo Papa se disputaban los puestos para poder ir al menos algunas veces a limpiar también ellos las heridas de los peregrinos y convalecientes que figuraban al mismo Cristo llagado; frente a tal ejemplo de caridad cristiana, toda la ciudad de Roma y los extranjeros que la visitaban quedaban totalmente edificadas y daban gloria a Dios.

La vocación al sacerdocio

Una cosa que quizás llame la atención es que Felipe hacía todas estas obras de bien sin plantearse siquiera la posibilidad de ser sacerdote; él sabía que para ir al Cielo, no basta con no hacer el mal, sino que hay que ir por más: ¡hay que hacer el bien! Para él el sacerdocio era una dignidad tan grande que ni siquiera pensaba en ello, sin embargo, todo cambió cuando un día el P. Rosa, su confesor, le propuso el sacerdocio. Ante la insistencia del sacerdote, Felipe se oponía diciendo que no estaba preparado para ser aquello que ni los ángeles del cielo pueden ser: sacerdotes.

Persiano Rosa insistía y le mostraba el gran bien que podría hacer como sacerdote mediante las especialísimas gracias que Dios concede a aquéllos que ha elegido para ser sus ministros en la tierra. Luego de insistir tanto el P. logró convencerlo diciéndole que él, como confesor suyo y guía espiritual, veía claramente que esa era la voluntad de Dios y que si no la oía desobedecería su consejo. Felipe, siempre obediente se persuadió de sus palabras y así, habiendo cumplido ya los estudios teológicos y filosóficos necesarios para la ordenación, luego de recibir las ordenes menores, el 23 de Marzo de 1551 recibió el diaconado en la Basílica de San Juan de Letrán, para ser ordenado dos meses después sacerdote, a la edad de 36 años, en la Iglesia de Santo Tomás en Parione.

Cuentan los que pudieron estar en su primera Misa, que había algo de extraño en su rostro, en especial en el momento de la elevación de la Hostia consagrada y el Cáliz de la salvación. Cada día, casi como abandonado en los brazos del Dios crucificado, Felipe se derretía en el Altar del Señor entrando frecuentemente en éxtasis que lo hacían por momentos levitar del suelo más de tres o cuatro metros, a la vista de todo el mundo.

Ya sacerdote, se despidió de la querida familia Caccia que tantas veces lo había albergado desde su llegada a Roma y se trasladó a la pequeña iglesia de San Girolamo della Carità, donde vivían algunos píos sacerdotes, entre ellos el famoso

El humilde canta victoria

Pietro Consolini, discípulo del Santo y todavía estudiante de teología, debía rendir uno de sus exámenes finales frente al mismísimo Papa Clemente VIII. Preocupado por el examen que debía dar, se presentó al P. Felipe para pedirle oraciones para tan importante ocasión:

- P. Felipe – le dijo. Acuértese de mi mañana, porque debo rendir examen ante el Sumo Pontífice. Muchas cosas dependen del resultado del mismo.
- Escúchame bien – le dijo Felipe. Mañana, cuando te encuentres frente al Papa, le dirás lo siguiente: “Una persona tan distinguida como yo, no tiene necesidad de que la examinen”.

Al día siguiente, el joven siguió la orden de su superior y al momento el Papa, sabiendo que provenía de la congregación de San Felipe, se sonrojó ante aquella ostentación de orgullo falso y terminó por aprobarlo con la más distinguida calificación.

El baile de los escrúpulos

El médico Domenico Saraceni, se veía asaltado por fuertes escrúpulos que no lo dejaban en paz. Todo ello llevaba a que su vida se hubiese transformado en un infierno, ya que la melancolía lo había asaltado sin dejarlo siquiera vivir.

Una tarde, Felipe fue a visitarlo:

- ¿Qué tiene, amigo mío?¿por qué estás triste?
- ¡Padre! Me siento tan triste y tan mal que la vida me parece un infierno. Tengo continuas tentaciones que no puedo superar.
- ¡No! ¡inada de escrúpulos! Cuando te venga uno, debes decir este versito: “escrúpulos y melancolía, váyanse con mi tía”.
- Padre: ayúdeme, por favor.

Viendo que el remedio debía ser aún más serio, Felipe llamó a Gallonio, que lo esperaba en una habitación contigua y le dijo:

- ¡Gallonio! ¡Canta para nosotros!
- Ante el canto del P. Baronio, Felipe comenzó a bailar y saltar por toda la habitación, haciendo toda suerte de morisquetas, lo que hizo morir de la risa al pobre depresivo.

La alegría de un santo había curado los escrúpulos del médico amargado.

El alma de Animuccia

El roquete pesado

El día de la natividad de la Virgen, en Roma se festejaba una fiesta. Sacerdotes, obispos, cardenales, estaban todos dispuestos para la procesión papal. Todo estaba en regla, en especial luego de la reforma litúrgica impulsada por el Concilio de Trento.

Había una nueva disposición que impedía confesar o ir a las procesiones, si no con el roquete sobre la sotana. Pasados algunos minutos y cuando la procesión había comenzado, apareció el P. Felipe con su típica sotana raída por el tiempo y comida por las polillas. Sobre ella, llevaba una especie de pollera transparente que era la risa de toda la gente.

Con paso seguro y casi marcial, se adelantó a todos y se puso al frente de la procesión, adelantándose así a los cardenales y obispos, que lo miraban extrañado.

Cuando le dijeron al Santo Padre que el P. Felipe no acataba las reglas, él respondió sonriendo:

- Las reglas no están hechas para los santos.

Era una nueva manera de ejertarse en la humildad.

asceta Bonsignore Cacciaguerra. Allí Felipe pasará casi toda su vida y allí ocurrirán las aventuras más famosas del santo de la alegría. Sólo al final de su vida se mudará con mucho dolor a la Chiesa Nuova, donde hoy reposan sus restos.

La misión en casa

Corría ya el año 1551 cuando Felipe se vio de un día para el otro sacerdote en la Ciudad Eterna; era aquel tiempo una época de refloreCIMIENTO dentro de las órdenes religiosas y una época fecundísima en santos y santas que Dios suscitaba para socorrer a su Iglesia que sufría, tanto por ataques internos como externos. Entre ellos se encontraban el ya mencionado Ignacio de Loyola, quien había hecho de su Compañía de Jesús un verdadero ejército naciente para conquistar pueblos lejanos para mayor gloria de Dios.

Sin lugar a dudas que luego de San Pablo, Apóstol de los gentiles, uno de los más grandes santos que ha descollado en la historia de la Iglesia, ha sido San Francisco Javier; justamente por aquella época Javier se hallaba evangelizando extraños los lejanos países del Asia y sus cartas que llegaban cada tanto eran motivo de reuniones en las cuales se leían las peripecias de sus viajes entre lágrimas y gritos de algarabía. ¡Cuántas vocaciones hubieron de suscitar! ¡cuántas conversiones con el solo hecho de escuchar su lectura en las plazas! Felipe no fue ajeno a ello y dada su amistad con San Ignacio, muy a menudo solía acercarse hasta la iglesia de los jesuitas para encenderse en el amor divino mientras las oía con atención.

Fue así que pensó por un momento hacerse misionero de los gentiles y ofrecer también su vida en holocausto para la salvación de las pobres almas de los que aún no habían oído hablar de Nuestro Señor. Lo rezó y casi sin pensarlo demasiado tomó la determinación de partir cuanto antes hacia las Indias, pero un extraño escrúpulo lo detenía sin saber por qué: el problema era qué sería de Roma y de las obras que había comenzado allí con tanto celo; era necesario entonces meditarlo más y hacerse aconsejar por una persona santa.

Existía por aquél entonces en el Monasterio de Tre Fontane, un monje cartujo llamado Vincenzo Ghettini, hombre de gran fama de santidad y un verdadero asceta; Felipe no lo pensó más y decidió abrirle el corazón para contarle su deseo que lo atormentaba. Luego de escucharlo atentamente, el monje hizo un silencio hasta que le dijo:

- Déjame por favor algunos días para reflexionar y rezar pidiendo a Dios que me ilumine; luego ven y te diré qué hacer.

Pasados algunos días, Felipe tuvo esta respuesta por parte del hombre de Dios:

- San Juan Bautista me ha dicho que “tus indias son Roma”; ése es tu destino.

Una vez más el Santo Precursor a quien Felipe Neri tenía tanta devoción, había escuchado sus ruegos haciéndole manifestar la voluntad de Dios, esta vez por medio de este monje. No habían ya dudas para Felipe: pondría todo su empeño en evangelizar la ciudad romana que tanta falta tenía de apóstoles urbanos.

Las primeras conversiones

Una vez comprendida la voluntad de Dios acerca de lo que debía hacer, San Felipe no tardó en seguirla y puso todos los medios a su alcance para cumplirla.

Decidió acercarse más y más a los pecadores para arrastrarlos poco a pocos con su bondad y buen humor hacia el Buen Dios. Entre ellos se encontraba el banquero y usurero Prosero Crivelli, uno de los hombres más ricos de la ciudad; las grandes riquezas que este hombre había acumulado, lo llevaban cada vez más y más a los placeres más desenfrenados y a las vanidades del lujo que muy probablemente lo conducirían al infierno. Pasado algún tiempo y por una gracia especial, el pobre pecador se dio cuenta de que su vida no tenía sentido por lo que tomó la firme determinación de cambiar de vida haciendo una buena confesión general de sus pecados al padre Polanco, un sacerdote jesuita.

Sin embargo, no siempre es fácil salir del pecado para alguien que ha estado toda una vida cometiendo malos actos; se necesita mucha perseverancia y una ayuda de especial de Dios. El problema con Crivelli era que muchas veces, luego de confesarse, caía nuevamente en los mismos pecados, como si nada hubiese sucedido antes; humillándose sin embargo, éste volvía a confesarse a lo del P. Polanco una y otra vez, hasta que un día, quizás para probarlo dicho sacerdote le dijo:

- Hijo mío, si caes siempre en lo mismo es quizás porque no estés poniendo los medios para no hacerlo. De este modo no quieres corregirte y si no quieres corregirte, es en vano que te siga absolviendo de tus pecados (se trataba probablemente de una prueba para ver hasta qué punto era sincero el arrepentimiento).

El pobre pecador se sintió destrozado y no encontraba quién lo ayudase frente a tantas tribulaciones y tentaciones; fue en ese momento que se le iluminó el pensamiento y alguien le recomendó al P. Felipe Neri, ya famoso por su santidad, para que lo aconsejase.

La gente, que pasaba por las calles, no dejaba de reír ante el espectáculo del supuesto sacerdote vanidoso, que se deleitaba con el perfume de sus flores. Todo ello servía para mortificar su orgullo y dar una lección a sus amigos.

¿Repetir un sermón?

El padre Agustín Manni, sacerdote de la congregación, debía decir un sermón en oportuna de una gran fiesta en la Chiesa Nuova.

Hombre de gran sabiduría y de una excelente retórica, habló esa vez con tanta solidez que fue la admiración de todos los presentes. San Felipe, que estaba presente, no bien terminó la ceremonia, vio cómo el sacerdote se enorgullecía de sí mismo ante los aplausos y felicitaciones de los fieles. Decidió entonces darle una lección.

- ¡Agustín! – le dijo. ¡Felicitaciones por tu homilía! ¡Hace tiempo que no escuchaba palabras tan bellas! Deseo que por ello tengas la amabilidad de repetir el mismo discurso durante toda la semana, para edificación de todos los fieles. Eso sí, sin cambiar ni una palabra ¿te crees capaz?
- Claro que sí – respondió el padre.

Al día siguiente y durante siete días seguidos, el P. Manni repitió palabra por palabra lo que había dicho en esa oportunidad.

A la segunda o tercer vez, la gente se mostraba ya un tanto cansada y comenzaba a quejarse:

- ¡Pero este cura es el único discurso que se sabe!
- ¿Será posible que no conozca otra cosa? – y aburridos comenzaban a abandonar la iglesia.

Los pocos que quedaban, bostezaban, reían o conversaban entre sí.

Pasada la semana, San Felipe se acercó al resignado sacerdote y le dijo:

- ¡Así me gusta! ¡has repetido todo al pie de la letra! Ahora podrás cambiar de argumento; en cuanto a la vanagloria, aprende la lección.

En otra oportunidad dijo a sus discípulos:

- Nunca dejen de hacer algo bueno por temor a que les vengan sentimientos de vanagloria. ¡Háganlo igual! Si no puede ser esclava, al menos que sea compañera. Todo está bien mientras no sea nuestra dueña.

- Tú eres una mujer soberbia, hipócrita y endemoniada. ¿Quién te crees que eres para hablarle así al Papa?

La joven santa escuchaba con calma y decía:

- Es verdad, Padre, yo soy todo lo que vos decís; soy digna del castigo de Dios. Le ruego que pida a Dios para que me libre de todos mis pecados.

Ante esta demostración pública de paciencia y humildad, San Felipe terminó por comprender que se trataba de algo serio. Luego de ello le dijo:

- Hija mía: te ordeno ahora que repitas todas las ofensas que yo hice a ti, pero ahora haciéndomelas a mí.
- ¡Nunca! ¡Eso no puedo hacerlo! Yo merezco lo que dijo, pero ud. no merece lo mismo.

Luego de corroborar las virtudes de la santa, Felipe presentó su informe al Papa y antes de despedirla para su retorno a Nápoles, la invitó al Oratorio; mientras caminaba, le decía.

- Hija mía; como ahora paseamos aquí en tierra hablando de las cosas de Dios, así también pasaremos un día en el Paraíso.

Luego de ello, le regaló el gorro que tenía puesto y se despidieron. Dicha reliquia se conserva todavía hoy en el monasterio de las monjas Teatinas de San Elmo.

Las flores perfumadas

Un día ciertos fieles le regalaron a San Felipe y bellissimo ramo de flores, justo antes de hacer unas de sus típicos paseos por Roma, junto con sus discípulos. Uno de ellos le dijo:

- Padre: ¿quiere que lleve yo el ramo de flores? ¡Quizás podamos dejar como ofrenda a alguno de los altares de la Virgen!
- Para nada – respondió Felipe. Las flores las llevo yo porque me gusta olerlas.

Así, era curioso ver al Santo por las calles de Roma con un gran ramo de flores en sus manos. De tanto en tanto, para mortificarse y a la vista de todos, se frenaba un segundo y apretando las flores contra su pecho, respiraba profundamente y decía:

- ¡Sentid qué delicia! ¡qué perfume tan precioso!

- Padre – le confió Crivelli – rece por mí para que pueda enmendarme de mis defectos y cambiar finalmente de vida. ¡Se lo ruego, no me abandone!

Felipe, luego de mirarlo como un padre mira a su hijo, le respondió:

- Ve amigo mío, que yo rezaré por ti. No dudes de que rápidamente te verás libre de toda tentación.

Los ruegos del santo fueron ardientes y tan celosos que Crivelli en poco tiempo abandonó completamente su vida pasada y se lanzó por completo a hacer obras de caridad, tanto que muchos no podían reconocerlo al comparar esa figura pía y amable, con la antigua figura del usurero.

Algún tiempo después y luego de haber purgado bastante sus pecados, se enfermó gravemente. Crivelli no sabía cómo recompensar al P. Felipe todo lo que éste había hecho por su alma, así que tomó la determinación de dejarle toda su herencia a título de gratitud; una vez que el santo se enteró de los planes de su dirigido y aunque lo sabía enfermo, evitó acercarse a la casa donde se encontraba para no verse obligado a tener que refutar la herencia en sus propias narices; sucede que Felipe era pobre y quería permanecer así.

El enfermo se extraña mucho de que su amigo y confesor no fuese a visitarlo mientras él día tras día empeoraba más y más. Una vez que parecía ya morirse, Felipe no pudo más y fue hasta él y apenas le puso las manos en la frente, el pobre le dijo:

- Padre: ¿por qué me ha abandonado todo este tiempo?
- He escuchado – respondió Felipe – que quieres dejarme todas tus cosas y ten por cierto que no quiero nada de ti. Es más, para que sepas que nada de todo esto me interesa, iré a rezarle a San Pedro para que te cure y así ya no puedas seguir molestándome con tus cosas.

Felipe partió de aquella casa y se dirigió directamente al Vaticano; allí, se postró frente a la tumba del Príncipe de los Apóstoles y rezó pidiendo aquella gracia; mientras lo hacía, el enfermo sanó por completo y Felipe se vio librado de toda riqueza.

¡Comed, comed sin escrúpulos!

El santo visitaba muy a menudo el convento de Santa María Sopra Minerva, una de las sedes de los padres Dominicos, a los cuales apreciaba mucho, ya que con ellos existía una antigua amistad proveniente desde su Florencia natal.

En la toscana, como decíamos más abajo, Felipe había recibido las primeras instrucciones religiosas en el convento de San Marcos, cuna de grandes predicadores y grandes santos (el Beato Angélico fue uno de sus hijos más ilustres).

Tanta era la estima que los dominicos le tenían que no obstante la regla, le aconfiaban a sus novicios para hacer algunos paseos por la Ciudad Eterna. De tanto en tanto, entonces, él se la arreglaba para salir con ellos y allí, en medio de los hermosos monumentos de la antigua Roma, les contaba historias, los alegraba con canciones y terminaba finalmente en las catacumbas de San Sebastián, donde les celebraba la Santa Misa.

La vida de los novicios era dura, como debe serlo la de todo religioso; cuando un joven o una joven entra en la vida religiosa debe hacer todo lo posible en sacrificarse por la propia alma y por la de su prójimo, ello hace que no pocas veces el deseo y el afán de santidad lo lleve a cometer ciertas imprudencias que con el tiempo serán corregidas. En especial, una de las mortificaciones que se practicaban (como ahora) era el ayuno, es decir, comer sólo una comida al día (o a veces no comer durante todo el día), por lo que los novicios de San Felipe se veían muchas veces agotados por la larga .

El Santo era humano y es por ello que cuando terminaban la Santa Misa, se llegaban hasta uno de aquellos hermosos prados romanos para poder disfrutar de un buen descanso y del almuerzo al estilo pic-nic que Felipe les había preparado. Sin embargo, algunos de los novicios sentían un poco de vergüenza en comer de esa manera, es decir, con un gran apetito; ante esta situación, Felipe les repetía alegremente: – “¡Comed , hijitos, comed!” ¡Si supieseis cómo gozo viéndolos comer con apetito! “Recordad siempre esto: – continuaba diciendo – No tengáis escrúpulos en comer lo que Dios os da. No cosas delicadas, no comidas refinadas y menos que menos glotonerías, pero lo que se les pone a la mesa, comedlo con simplicidad de corazón”.

“Serás, serás, serás...”

El joven Francesco Zazzera, estudiaba Leyes. De hermoso aspecto, de gran ingenio y de modos gentiles, había logrado ganarse la simpatía de muchos y de muchas.

Creído de gran talento y de óptimas cualidades, lleno de ambición, se auguraba a sí mismo una brillante carrera como abogado. Sin embargo, a todos les llega la hora: una vez sintió hablar por casualidad del Padre Felipe, de sus andanzas y sermones; lleno de curiosidad entonces, se dirigió hacia San Girolamo della Carità para escuchar una de sus prédicas; luego de la misma, se acercó hasta el santo quien, apenas lo vio, abrazándolo afectuosamente le dijo:

Caridad) y el príncipe de la polifonía, Pier Luigi da Palestrina, quien permaneció hasta su muerte como maestro de coro del Oratorio.

Los célebres compositores fueron amigos íntimos y colaboradores constantes del Oratorio de San Felipe. Ni más ni menos que con Palestrina es con quien San Felipe salía de noche a cantarle serenatas a las infinitas imágenes de la Virgen que se encuentran en casi todas las esquinas de la Ciudad Eterna.

Luego de los sermones, los músicos presentaban al público sus composiciones corales que realizaban para cada ocasión. Nacieron así un estilo, el “oratorio”, es decir, música polifónica sagrada con fines catequéticos. El poder de la palabra cantada, entraba más fácilmente en el alma de los fieles y se hacía realmente carne.

Los conciertos del oratorio, con tan grandes maestros, se hicieron famosísimos en su época y llegaban gentes de todas partes para asistir a dichos eventos.

La vidente de San Elmo

En Nápoles, en un convento sobre la colina de San Elmo, vivía una religiosa de nombre Úrsula Benincasa, gozando permanentemente de numerosos éxtasis y visiones celestiales.

Estando un día en la capilla del convento, mientras rezaba, se le apareció Nuestro Señor y le ordenó que se dirigiera Roma; allí debería hablar con el Santo Padre y proponerle firmemente una reforma de la Iglesia.

La pía religiosa partió hacia la ciudad eterna y pidió hablar con Gregorio XIII, el cual la recibió muy amablemente y la escuchó con atención.

En presencia del Vicario de Cristo, Úrsula habló con total franqueza y durante el coloquio tuvo un éxtasis en presencia de todos.

El Papa quedó un poco confundido con esa entrevista y nombró una comisión para que examinase las visiones y la veracidad de los éxtasis de la vidente; entre los comisionados, estaba San Felipe Neri.

- De cien mujeres con arranques místicos – decía San Felipe – noventa y nueve están engañadas y una puede ser que esté en lo cierto. Felipe tomó el caso en sus manos y comenzó a interrogar y a la religiosa, humillándola a propósito para ver cómo reaccionaba.

Luego de la muerte de Enrique III, los protestantes proclamaron rey a Francia a Enrique IV de Navarra.

Aunque de malas intenciones, había por momentos declarado su voluntad de hacerse católico, fue por ello que el 25 de julio de 1593, en París, abjuró de su herejía y los obispos franceses le levantaron la excomunión que pesa contra todo hereje.

El Rey, mandó rápidamente a Roma al Duque de Nevers, para que obtuviese la confirmación de dicha absolución. Clemente VIII, por su parte, dudaba del verdadero arrepentimiento del monarca.

- Para creer en la sinceridad de vuestro Señor, haría falta que viniese un ángel del cielo para que se ofreciera como garante – decía.
Este ángel llegó y fue San Felipe Neri.

El 8 de diciembre de 1593, el Duque de Nevers visitó a San Felipe en la Chiesa Nuova y le planteó la situación. Felipe entendió que debía ser como el hombre decía y rogó al pontífice para que aceptara la absolución, poniéndose él mismo como garantía de lo que decía.

Baronio, el confesor del Papa, le dijo:

- Santo Padre: el Padre Felipe me ha dicho que es un deseo del cielo y que ud. no se oponga a los designios divinos.
Así, el 17 de septiembre de 1595, bendijo solemnemente a Enrique IV como rey de Francia, frente a la alegría de toda la cristiandad.

La música en el Oratorio: Palestrina, Animuccia y Tomás L. de Victoria

Cuando se piensa en San Felipe y la música, algunos creen que divertiría a los jóvenes de su oratorio con música profana y sencilla. Es cierto que para los juegos y diversiones las había, pero también sabía matizar y elevar a sus fieles con lo mejor de la época.

Su sentido artístico y musical era finísimo. Cuentan que le bastaba con oír un canto de los religiosos para sentirse elevado en místicas visiones.

Propulsor ardiente del renacimiento de la música sacra, tuvo la genialidad de acercar a músicos incipientes y descubrir los mejores talentos de la época. Entre ellos podemos nombrar a tres que hacen a la gloria de la polifonía: Giovanni Animuccia, Tomás Luis de Victoria (que llegó a ser capellán de San Jerónimo de la

- Mi buen amigo, ¿cómo te llamas?
- Francesco Zazzera.
- ¿Y a qué te dedicas?
- Soy estudiante de Leyes.
- Querido Francesco, tú eres muy afortunado... ¡Feliz de ti! Ahora estudias... pero luego serás doctor en Leyes... bravo! Luego comenzarás a ganar una buena suma... luego serás alguna cosa... un gran hombre de negocios... Me mirarás desde arriba... Serás... serás... serás... ¡Feliz de ti, oh Francesco!... ¡Feliz de ti...!

El joven estudiante escuchaba con gran orgullo las palabras del Santo, pensando que hablase en serio. Sonreía por el hermoso pronóstico que le aguardaba, siendo el sueño de toda su vida el volverse un hombre famoso. Pero el Santo, continuando con el discurso, le susurró al oído.

- Serás... serás... serás... – y poniéndose serio, con acento compasivo agregó: ¿Y luego, qué? ¿Y luego de todo esto, qué?

El joven que no se esperaba esta conclusión, entendió a qué se refería y permaneció muy impresionado por aquellas palabras. Ya en su casa, no pudo dormir en toda la noche, sintiendo una y otra vez aquellas palabras del Padre Felipe: “¿Y luego qué?...”; “¿y luego qué?...”.

Al día siguiente volvió junto al Santo para pedirle consejo, con la firme determinación de abandonar la carrera de abogado para dedicarse a Dios, si el Rey de los Cielos así se lo pedía; en efecto, se había dado cuenta de la levedad de la vida y pensaba que sería un buen negocio abandonarlo todo por la causa de Cristo y su Iglesia. San Felipe no tardó en aconsejarlo y luego de un par de semanas, el joven rico vistió la sotana y fue uno de los discípulos más queridos del Santo.

¿Distraerse o concentrarse para ir a Misa?

Los frecuentes movimientos del corazón a los que Felipe estaba acostumbrado por el gran fervor místico que poseía, muchas veces eran motivo de grandes problemas en su vida. Sucedió que – como el hombre es un compuesto de cuerpo y alma – los movimientos de su parte superior hacían que su corazón latiera cada vez más fuerte a medida que se iba acercando a Dios. Felipe era terriblemente escrupuloso respecto de ello, por lo que se esforzaba en reprimir cuanto podía tales manifestaciones, haciéndose leer entre otras, las “Facezie” de Arlotto (escritor cómico medieval) o cantando alguna canción popular.

Cada día, a medida que se iba acercando el momento de la celebración de la Santa Misa, dado que tenía su mente elevada hacia Dios, su corazón palpitaba fuertemente al punto que parecía salirse del pecho; ello hacía que – al contrario de lo que se debe hacer para la Santa Misa – buscase distraerse con alguna ocupación material y, cuando ello no era suficiente, se entretenía con el gato, con los pajaritos, o bien paseaba por la sacristía meciendo al perrito de la iglesia.

El Padre Consolini, viéndolo una vez en este estado, y preocupándose porque el Padre Felipe no se preparaba bien para celebrar la Santa Misa, le replicó:

- ¿Qué hace? ¿está loco? – A lo que Felipe respondió:
- ¿Qué quiere? ¡Si no me distraigo un poco no puedo decir la Misa!

Así, aunque intentaba por todos los medios de distraerse, una vez que subía al altar de Dios, alegría de su juventud, le temblaba todo el cuerpo y el pecho parecía quemársele, al punto que los mismos fieles se daban cuenta de ello, es decir, del extraordinario fervor de su alma. Durante la comunión se le iluminaba el rostro, desde el cual se podía transparentar la alegría que probaba al momento de alimentarse de la Carne Inmaculada del Cordero.

Luego, entre susurros y temblores, bebía la Sangre Preciosa con tanta devoción que no podía despegar los labios del Cáliz. Bebía de a pequeños sorbos, con intervalos de intenso recogimiento, y con los ojos siempre fijos en el Crucifijo.

Era tan grande la fuerza del amor y la intensidad de la fe que, incluso materialmente, mordía el Cáliz de modo que dejaba la impronta de sus dientes en él. A menudo se lo sentía repetir:

- ¡Es verdadera sangre! ¡es sangre viva!

Y las lágrimas que caían de sus ojos provocaban gran conmoción entre los asistentes. Por momentos hasta se lo escuchaba decir:

- Basta, oh, Señor, basta, porque me siento morir de alegría...
- Otro ejemplo de amor divino era el espectáculo al que diariamente la gente podía asistir durante la Misa celebrada por el Santo. En estos casos el P. Felipe era más bien reservado, por lo que se había puesto como norma, no superar la media hora al momento de decir misa completa. En cambio, cuando debía celebrar solo, en su capilla privada, se abandonaba a los dulces éxtasis que el Divino Redentor quería concederle.

humillarse, San Felipe comenzó a saltar y a bailar en medio de las escalinatas de la iglesia y cuando llegó hasta uno de los guardias (que por norma no pueden moverse nunca), agarró de las barbas a uno de ellos, frente a la risotada de todo el pueblo presente. El guardia no sabía si reír o protestar de la vergüenza que pasaba.

Para reparar esta humillación, más tarde Felipe conversó con él amablemente.

Vestido al revés

En cierta oportunidad había una fiesta dedicada a la Virgen. Durante la tarde, los padres oratorianos se encontraban cantando las vísperas solemnes a María Santísima.

El santo se encontraba en la sacristía con el p.. Vitelleschi. Luego de confesarlo, le dijo:

- Ponte esta sotana “al revés”. Luego ve al coro y dale este mensaje al P. Baronio.

El P. Baronio era entonces el superior de la congregación y se hallaba entre los demás religiosos cantando las vísperas.

El pobre P. Vitelleschi, se presentó entonces así vestido en el presbiterio, pero como tenía vergüenza de pasar así vestido frente a todos, prefirió no pasar por frente al presbiterio, sino dar la vuelta completa al coro para enviar su mensaje al padre superior.

San Felipe, observaba todo desde la sacristía. Una vez que Vitelleschi retornó con él, le dijo:

- ¿Por qué no has pasado por el medio del coro? Ahora ve y hazlo de nuevo, pero permitiendo que todos te vean,
- El pobre religioso no tuvo más que resignarse y, tomando fuerzas, hizo lo que le habían sugerido con la admiración de todos, al verlo entrar así en el coro.

El mismo Baronio, molesto por haber sido molestado por segunda vez, le dijo:

- ¡Este no es modo de vestirse en un lugar sagrado!
- Una vez que volvió a la sacristía, Felipe saltando y riendo le dijo:

- ¡Bravo! ¡bravo! ¡así se hace!

Reconcilia a Enrique IV con la Iglesia

- No siento el valor para ello – respondió el joven.
- Tienes razón – dijo el Santo – es demasiado para ti. Pero al menos te lo podrías cortar un poco. Mira: ve al convento de los capuchinos y pide hablar con Fra Felice, el peluquero de la orden. Es muy adiestrado en lo suyo y te hará un gran trabajo; con eso podrás estar un poco mejor.
- ¡Gracias Padre!

Mientras el joven se dirigía al convento de los capuchinos, San Felipe aprovechó a poner en aviso a su amigo Fra Felice. Mandó decirle lo siguiente:

- Vendrá un joven; deseo que le rapas la cabeza como si un religioso de tu orden. Déjale también la tonsura de fraile.

Fra Felice, apenas lo vio entrar en su convento comenzó a reírse. El joven lo saludó y le dijo que venía de parte del Padre Felipe. Fue así como lo sentó y, poco a poco, sin un espejo enfrente, fue cortándole el cabello hasta dejarlo completamente como un fraile.

Cuando terminó su trabajo, el joven pudo verse en el espejo y casi muere de un infarto; estaba pelado como una sandía, al punto que todo aquel día decidió encerrarse y no salir para nada de su casa. Pasado el tiempo, se resignó y aprendió la lección, volviéndose así más humilde.

La guardia suiza

El cardenal Agustín de Cusa, amigo del santo, había encontrado en la iglesia de San Adriano los cuerpos de los mártires Papias y Mauro. Estaba estas reliquias en el altar mayor de la iglesia y se haría con ellas una gran celebración para su veneración pública.

Sabiendo el cardenal que Felipe deseaba tener varias reliquias para ponerlas en el altar mayor de la Chiesa Nuova, le prometió donarle algunas. Fue así que se organizó una gran procesión desde la Iglesia de San Adriano hasta sede de los oratorianos.

El once de febrero de 1590, una multitud de fieles y sacerdotes, acompañó en procesión las reliquias de los venerados mártires. San Felipe estaba enormemente contento por la nueva adquisición.

Hasta el Papa había querido ayudar en dicha ceremonia, enviando algunos guardias suizos para que escoltaran las insignes reliquias.

Así, una vez que la procesión llegó hasta las escalinatas de la nueva sede, los guardias papales se encontraban listos para escoltarlas hasta el altar. Para

Eran visiones celestiales que raptaban su alma y lo dejaban horas enteras como fuera de sí. El Padre Gallonio, que sabía todo esto, cuando llegaba la comunión (momento en el cual los éxtasis se manifestaban visiblemente), apagaba las luces y cerraba la puerta de la capilla, colgando de la puerta un cartel que decía: “Se ruega hacer silencio; el Padre dice Misa”.

El Santo permanecía solo, estático durante una hora e incluso dos. Muy a menudo fue visto, a un cierto punto de la Misa, elevarse por el aire, a uno veinte o treinta centímetros de la tierra y permanecer suspendido en el aire por algún tiempo. Durante los éxtasis, mantenía siempre su vista fija en lo alto, como si mirase el cielo. Su rostro parecía de fuego y sus labios se movían sin que se pudiese percibir lo que decía. Cuando volvía en sí, continuaba el Santo Sacrificio, muchas veces sin saber en qué parte de la Misa estaba.

Un corazón de fuego

De entre los fenómenos más admirables, más allá de las palpitations anormales de su corazón (nunca entendidas por los médicos) se encontraba aquél de que bastaba con apoyar la cabeza sobre su pecho para sentirse aliviado de cualquier dolencia.

Cuando le tocaba confesar y algunos de sus penitentes se hallaban totalmente desconsolados, Felipe los acariciaba dulcemente, acercaba sus cabezas hasta su corazón y éstos sentían rápidamente una serenidad tal que era casi indescriptible.

Tiberio Ricciardelli, canónico romano, sufría por sentirse tentado grandemente por el demonio. San Felipe le dijo: “Ven aquí, recuéstate sobre mi pecho”. Luego de haber apoyado su cabeza sobre el pecho de Felipe, se sintió rápidamente libre de aquellas tentaciones.

Un joven llamado Nero dei Neri, sintiéndose desde hacía tiempo invadido por los escrúpulos se dirigió al Santo ya casi como un último remedio. Éste lo abrazó dulcemente y se o acercó hasta el pecho; en ese mismo instante, una suave paz inundó el alma del joven quien se sintió totalmente liberado de sus escrúpulos.

La paciencia todo lo alcanza

En la iglesia de San Girolamo della Carità, donde vivía el Padre Felipe, trabajaban en calidad de sacristanes, dos ex-religiosos a quienes el santo no les caía simpático.

El médico Teccosi, administrador de la Confraternidad que cuidaba de la parroquia, les había encargado el cuidado de la Sacristía, porque dudaba de la

calidad sacerdotal de San Felipe Neri. Por su parte, los sacristanes pasaron rápidamente de la indiferencia a la persecución y de las burlas a las calumnias.

Cuando el P. Felipe descedía a la sacristía, le impedían ingresar cerrándole la puerta en la cara; cuando debía celebrar la Santa Misa, le presentaban ornamentos completamente sucios e indignos de la liturgia; le escondían el cáliz o el misal, o bien, cuando ya estaba frente al altar, lo hacían volver a la sacristía con un pretexto cualquiera o le quitaban la llave del tabernáculo de modo que no pudiesen comulgar sus fieles. Frente a todas estas injusticias el Santo se mostraba con una calma imperturbable.

Jamás, quizás, su paciencia se vio expuesta a tan dura, sin embargo él, con largos suspiros exclamaba:

– ¡Señor, dame paciencia, mucha paciencia!

A los malintencionados se unía también el médico Teccosi, el cual, con malignas intenciones buscaba que el santo se desalentara.

Pero lo que más amargaba al corazón de Felipe era ver cómo muchos de sus penitentes, a causa de dichas maldades, terminaban por irse de la Santa Misa o del Confesionario.

Pero la caridad paciente del Santo tuvo también aquí la completa victoria. Primero fue el dr. Teccosi, quien un día, muerto de vergüenza se arrojó a los pies de Felipe implorándole su perdón; luego de conseguirlo, fue uno de sus amigos más queridos. Al momento de dejar este mundo, aquél quiso dejarle en herencia varios objetos personales, de los cuales el Santo sólo aceptó un reloj que todavía se conserva entre sus recuerdos.

En cuanto a los sacristanes que habían sido religiosos, arrepentido uno de ellos del mal inflingido al Santo, como así también de su vida desordenada, volvió – ayudado por Felipe – a la vida religiosa; el otro, aunque permaneció en el mundo, obtuvo el perdón del santo y condujo a partir de allí una vida ejemplar.

La generosidad

A ejemplo de San Pablo, sentía que la caridad le urgía. En 1552, por ejemplo, hubo una gran hambruna en toda Roma y el pueblo de Dios sufría amargamente. El pan se había vuelto un tesoro, ya que se repartían durante la mañana pequeñas raciones para poder matar el hambre hasta el día siguiente.

A los trece años, la niña dejó el mundo y entró en el monasterio de las dominicas de Prato. Allí, vistió el místico velo de esposa de Cristo con el nombre de “Catarina”.

Felipe, estando en Roma, había sentido hablar de sus admirables virtudes; fue así que yendo una tarde a la iglesia de Santa María sopra Minerva, sede de los dominicos de Roma, escuchaba con placer las narraciones y visiones de la santa florentina.

A su vez la santa, sin haberlo jamás visto, hablaba a menudo de él y le tenía gran veneración, al punto de escribirle varias cartas llenas de ardor místico. Felipe las respondía dándole consejos y pidiéndole que rezara por él. Fue naciendo así, poco a poco, una hermosa amistad a distancia en comunes ideales de santidad.

Felipe hablaba de ella como si la hubiese conocido durante toda la vida. Una vez, para jugarle una broma, le mostraron un supuesto retrato de la santa; él sencillamente dijo:

- No es ella. Sor Catarina es más bella... tiene un rostro angélico, siempre alegre y jovial...

Por su parte la santa, una vez que el músico Anumuccia había ido a visitarla, le dijo:

- He visto al P. Felipe y he conversado largo rato con él.

Pero el problema es que Felipe jamás había ido a Prato ni Catarina a Roma. Este encuentro sólo podía ser posible gracias a un milagro de Dios.

El mismo prodigio fue confirmado más tarde con al bula de canonización de Felipe Neri, por el papa Urbano VIII.

El peinado vanidoso

Había entre los jóvenes del Oratorio uno que tenía una larga cabellera rubia; siempre que llegaba comenzaba a hacer gala de su belleza y delicadeza. El santo se dio cuenta de que el joven permanentemente se acariciaba y acomodaba el cabello, como si fuese lo único que existiese. Pensó por lo tanto una lección para el vanidoso.

- Querido amigo – le dijo – estos modos afeminados que tienes de tocarte el cabello, hacen que tu alma se vea cada vez más alejada del bien.
- ¡Pero Padre...! – le dijo - Es un desorden que tengo y que no puedo superar; tiene razón...
- Podrías vencerte del todo si te rapas la cabeza.

Por su parte, San Ignacio de Loyola vio un día que una gran llama de fuego descendía desde el cielo para acabar sobre la cabeza de Felipe.

Luego de la muerte del glorioso santo de Loyola, San Felipe iba a menudo a visitar su sepulcro y a acompañar a los primeros jesuitas. Leyendo una reciente vida del Padre Ignacio, declaró:

- ¡Cuántas cosas se han obviado! En verdad, son más las cosas que se dejaron de lado que las que se han escrito. Si se escribieran todas, ¡cuánta sería la admiración de los hombres frente a aquella alma de Dios!

Tan amigos fueron que ni después de muertos quisieron separarse, al punto de que ambos fueron canonizados el mismo día.

Rechaza el cargo de canónico

El Papa Gregorio XIII, gran amigo del Santo, tenía certeza de la santidad de Felipe. Como prueba de su benevolencia y admiración, estando una vez en audiencia privada con él, le dijo:

- Padre Felipe, yo lo nombro canónico de la Basílica Vaticana.
- Pero Padre Santo – exclamó Felipe – ¡le agradezco pero no puedo soportar las vestimentas canónicas!
- Tranquilo, que con poco tiempo uno se acostumbra.
- ¡Santidad! Además ¿cómo podré abandonar mi actividad en el Oratorio, mis jóvenes, mis obras de misericordia?

El Papa comprendió que Felipe hablaba en serio y que haría mucho mayor bien sin las dignidades que le ofrecía, por lo que finalmente terminó por no presionar más al santo.

* * *

En otra oportunidad, el papa Clemente VIII quiso hacerlo cardenal en recompensa por su labor desempeñada en la reconciliación de Enrique IV de Navarra con la Iglesia de Roma. San Felipe se opuso rotundamente.

La amistad con Santa Catarina de Ricci

Jamás se habían visto; cuando Felipe tenía apenas dieciocho años, había dejado atrás su Florencia natal y la Santa florentina tenía apenas nueve años de edad.

Compadeciéndose del clero, una pía señora se acercó hasta la iglesia de San Girolamo della Carità, donde vivía el Santo con otros sacerdotes y les llevó como regalo unos seis grandes panes. Dichas provisiones caídas desde el cielo, bien les habrían podido bastar para unos cuantos días, sin embargo, viendo el P. Felipe a un sacerdote español que por allí pasaba, se los regaló sin quedarse con siquiera uno.

Prospero Crivelli, uno de sus fieles, le observó con prudencia de la carne que podría haberse quedado al menos con un poco de lo que la Providencia le había mandado.

El Santo, respondió:

- ¿Qué quieres? Aquel pobre sacerdote es forastero y no encontraría nunca tan fácilmente almas tan generosas como para servirse de un poco de pan.

Aquél día, Felipe se contentó con almorzar y cenar sólo un poco de aceitunas; él era uno de los que podía decir con Jesucristo:

- Mi alimento es hacer la voluntad de Aquél que me ha enviado.

Resurrección de Paolo Massimo

El joven Paolo Massimo, hijo del Príncipe Fabricio y del cual el Santo había predicho el nacimiento, cuando tenía apenas catorce años enfermó gravemente de fiebre maligna, no encontrando para él cura alguna. El Padre Felipe, que era su confesor, lo asistió durante el curso de toda su enfermedad, pasando junto a su cama horas enteras en oración.

Queriendo probarlo en la resignación cristiana, el Santo le dijo un día:

- Dime la verdad, Paolo, ¿desearías tener mi salud?
- ¡No! – respondió el joven – ¡yo quiero hacer la voluntad de Dios y estoy contento en este estado!

Al alba del 16 de marzo de 1589, Paolo Massimo entró en agonía. Los familiares mandaron llamar al P. Felipe, pero no fue posible hablarle, ya que estaba celebrando la Santa Misa; en tanto, el joven expiró. Terminado el Santo Sacrificio, el Santo corrió inmediatamente al Palacio Massimo, y entró en la habitación de Paolo. Los padres, destrozados de dolor, estaban junto al lecho de su hijo, llorando desesperadamente la pérdida precoz.

Felipe, conmovido por la escena y aún más dolorido por saber que Paolo antes de morir habría deseado verlo, se hincó de rodillas y rezó largo rato con toda la vehemencia de su corazón. Luego se alzó, tomó agua bendita y roció el cadáver del joven, colocando incluso algo de ella en la boca. Luego, arrodillándose nuevamente sobre el féretro, soplo sobre su rostro, apoyó su mano sobre la frente y exclamó en alta voz:

– ¡Paolo! ¡Paolo!

Los presentes permanecían atónitos y pensaban que el P. Felipe se había vuelto medio loco por una pérdida tan querida, sin embargo, ¡milagro increíble! Ante el asombro de todos, muerto abrió sus ojos como despertando de un largo sueño y dijo:

– ¡Padre! ¡Padre mío!, ¡cómo te extrañaba...! ¡Deseaba tanto confesarme! Me había olvidado un pecado y quería confesarme.

El Santo hizo un signo a los presentes para que los dejaran solos; escuchó la confesión y luego, una vez que hizo entrar nuevamente a todos los familiares se pusieron a conversar todos alegremente.

Indecible era la escena de los presentes, quienes no podían creer lo que veían. El santo le preguntó acerca de su madre muerta ocho años antes y de una hermana que había muerto santamente hacía dos meses en el monasterio de Tor de' Specchi. Paolo respondía recordando todos los particulares de sus muertes. Luego de una media hora de conversación, el Padre Felipe, agarrando fuertemente la mano del joven le dijo:

– Amigo, ¿estás contento como para morir ahora?
– Sí, Padre, estoy contento porque voy nuevamente al paraíso, voy a ver a mi madre y a mi hermana que me esperan.
– Entonces bien, hijito, ¡ve en paz y sé bendecido! ¡Ruega al Señor por mí y por los tuyos!

Paolo, con los ojos fijos en los ojos del Santo, se abandonó plácidamente en sus brazos y exhaló el último suspiro por segunda vez.

La habitación en donde ocurrió el milagro fue rápidamente transformada en capilla, por lo que los 16 de marzo de cada año, la familia Massimo, festejaba hasta hace algunos años el acontecimiento histórico ocurrido allí.

El venerable Cesare Baronio

- Limosna a los pobres, porque esto será para ti más meritorio. Con las riquezas que Dios te ha dado, puedes hacer un gran bien a muchos necesitados que no tienen ni para vivir.

Felipe el médico de los cuerpos y de las almas

El Papa Clemente VIII amaba tanto a Felipe que pedía que estuviese consigo cuando recibía aquellos terribles ataques de gota que lo terminaban dejando en cama.

El Santo se sentaba junto al pontífice y intentaba consolarlo en tiernas conversaciones; de tanto en tanto, le acariciaba suavemente las manos y la barba, sonriéndole con alegría.

Una mañana, el Papa se encontraba en la cama y sufría de terribles dolores en las manos; Felipe, como de costumbre, se sentó cerca suyo y le tomó las manos; el Papa, por su parte, le gritó:

- ¡Espacio! ¡por favor, espacio! Sólo al tocarme ya siento un dolor impresionante...
- Santo Padre – respondió Felipe – déjeme simplemente verles las manos; prometo no hacerle daño. ¡Se sentirá mejor!

Sin decir nada más, le tomó las dos manos y se las apretó con todas sus fuerzas. Los presentes, ante el gesto de Felipe, esparaban que el Papa gritara con gran fuerza, pero luego de unos segundos se le escuchó susurrar:

- Continúe, continúe... me causa mucho alivio.
Las manos de un santo, no sólo curaban las almas al absolverlas en confesión, sino también los cuerpos.

San Ignacio y San Felipe Neri

Felipe tenía gran devoción por el fundador de la Compañía de Jesús: San Ignacio de Loyola.

Los dos santos eran grandes amigos y gustaban visitarse a menudo e intercambiar ideas.

Más de una vez declaró el P. Felipe que veía a Ignacio circundado de una luz celestial; es por ello que exclamaba:

- Su belleza interior es tan grande que se refleja incluso en el exterior.

Fra Felice se quitó la gran botella que llevaba colgada al cuello y se la dio a Felipe. Éste, mostrando mucha aviden, la tomó con ambas manos y la llevó hasta la boca como si fuese todo un borracho profesional. Bebía como un desaforado.

La gente reía y se decían para sí:

- ¡Mira, mira a estos dos frailes cómo beben!

Luego de beber, dándole la botella a Fra Felice, le dijo:

- Ahora quiero que tú también te mortifiques públicamente. Fra Felice hizo lo mismo y luego de saludarse mutuamente, siguió cada uno su camino.

Las penitencias de San Felipe

Un pobre cristiano de vida ejemplar, deseaba ardorosamente usar el cilicio para purgar los pecados de la vida pasada. Confesándose una vez con el Santo, le pidió permiso para poder usarlo más tiempo que lo acostumbrado.

El santo en un primer momento, le recomendó que más que el cilicio, hiciera obras de piedad, pero como éste insistía le, dijo:

- Te lo permito, pero con la condición que lo lleves encima de toda la ropa y no debajo de ella.

El penitente, comprendiendo rápidamente la lección, obedeció y se ató el cilicio sobre sus vestiduras.

Llevaba el cilicio a todas partes, siendo el hazmerreír de muchos que veían en éste a un pobre desequilibrado. Así, la mortificación del amor propio, pudo más que la mortificación de la carne.

* * *

Otra vuelta, un rico señor de nombre Alessandro Borla, deseaba hacer grandes ayunos para expurgar sus pecados.

- Padre, querría que me concediese alguna gran penitencia, grandes ayunos, para poder salvar mi alma.
- ¡Nada de ayunos ni de penitencia! – respondió Felipe.
- ¿Y entonces?

Hacia finales de octubre de 1557 llegó a Roma un estudiante, nativo de la ciudad de Sora, de nombre Cesare Baronio. Se había inscripto en la Universidad de Nápoles, en la facultad de Leyes, pero el peligro de dicha ciudad portuaria lo había hecho partir hacia Roma, donde poseía ciertad amistades, en especial la de su coterráneo Marco da Casolano quien frecuentaba a su vez el Oratorio del Padre Felipe.

El joven estudiante se acercó entonces al Santo y éste quedó encantado con la frescura y bondad de aquél joven de gran inteligencia y humildad. Cada día iba Baronio a San Girolamo y pasaba largas horas en compañía del Padre Felipe. Por su trato rudo y austero, el Santo lo llamaba burlonamente: “el Bárbaro de Sora”, aunque esto lo hacía porque lo apreciaba muchísimo, al punto que le pidió en varias oportunidades que – aunque era un recién llegado – que diera algunas conferencias en su oratorio. El argumento sobre el cual le encargó el Padre Felipe que tratara, era la historia de la Iglesia, acerca de la cual, a pedido del Santo, Baronio se dedicará toda una vida.

Tuvo asíocación de profundizar en dicha materia, consultando documentos de autores de todo género. Finalmente, por mandato de Felipe, emprendió la colosal tarea de lo que luego se llamaría los *Anales o Hisotoria de la Iglesia*.

Inicialmente Baronio se negaba a emprender dicha tarea por no sentirse del todo capacitado para ello, pero el santo le retrucó diciendo:

- Tranquilo, Cesare. Te aseguro que sólo tú podrás escribir una historia eclesiástica, puesto que tienes un amor incondicional por la verdad.

Así Felipe lo confortó y el trabajo duró varias décadas, pero no fue en vano. La obra fue de gran beneficio para toda la Iglesia, la cual hasta el momento no había tenido un trabajo crítico de ese estilo. Apenas apareció el primer volumen de los *Anales*, suscitó gran admiración, al punto que Baronio llegó a recibir el título de “Padre de la Historia Eclesiástica”.

El Santo, temiendo que por la gran fama que cobraba su discípulo, éste fuese a perder su habitual modestia y humildad, para mortificarlo, le imponía el ayudar en las Misas, llevando el crucifijo junto a los monaguillos, sea durante las misas que durante las procesiones fúnebres, a la vista de todos. Entre otras humillaciones le fue mandado incluso encargarse de la cocina, aunque no era ésta la especialidad de Baronio. Daba risa ver al gran “Padre de la Historia Eclesiástica” vestido de guardapolvo blanco y gorro de cocinero, sin embargo, todo ello sirvió muchísimo al gran Baronio, quien sacaba de todo gran tajada para aprovecharse en la virtud.

Baronio murió en olor de Santidad en el año 1607.

* * *

En otra oportunidad, a otro un fraile, le parecía demasiado vanidoso y satisfecho de su propia elocuencia (uno de esos a los que les gusta escucharse a sí mismos), lo obligó a predicar sin la túnica, luciendo una especie de calzones largos hasta las rodillas (como se usaba entonces); esa lección le sirvió al religioso para no vanagloriarse de los muchos talentos que Dios le había dado.

Todo con todos

La habitación del Santo se hallaba siempre abierta, no sólo de día, sino también de noche. Era un continuo entrar y salir de personas; todos iban a él para pedirle consejo, para ser confortados, para reposar un poco la conciencia. Él estaba a disposición de todos y a todos trataba con bondad, interesándose por todos y cada uno de ellos. Había quienes iban allí para confesarse, para pedir auxilio en las pruebas, para discernir qué hacer de sus vidas, etc. y Felipe no erraba.: pocas palabras, pero palabras de vida eterna.

Disipaba las dudas y animaba a seguir adelante. Marzio Altieri, entre los innumerables testimonios de que se recogen, refiere:

- ¡La habitación del Padre Felipe es un Paraíso! Una vuelta que Francesco Zazzera, dada la gran cantidad de personas que invadían la habitación del Santo, intentó cerrar la puerta para que tuviese un poco de descanso, éste, con acento severo le replicó:
- ¿No te he repetido, acaso, que no quiero tener ni siquiera un poco de tiempo para mí?
- Pero Padre... – respondió Zazzera – ¡Ud. no descansa ni siquiera un minuto!
- ¡En el Paraíso – agregó Felipe – ¡En el paraíso encontraremos descanso, y no aquí!

La lógica del demonio

Un joven se confesaba una vez con un sacerdote amigo del Santo. Aquél, dándose cuenta que el penitente tenía una extraña familiaridad con sus propias hermanas, le repetía a menudo.

– Hijo mío, no está bien que tengas ese trato con ellas, porque las bromas y las caricias puede degenerar en demasiada confianza y hasta en falta de respeto mutuo, aunque sean tus hermanas.

- ¡Podría verte morir reventado por amor de Dios! – y el otro respondía:
- ¡Y yo podría verte colgado y destrozado por el mismo amor!

La gente que asistía a estos extraños encuentros se divertía sobremanera y quedaba totalmente edificada por tanta gracia y simplicidad.

El agua mágica

Una mujer, suelta de lengua fue a ver al santo para pedirle consejo. -Mi marido y yo no conseguimos ponernos de acuerdo. Nos peleamos por todo. Y lo peor es que él me pega, yo grito, los vecinos acuden...¡Créame, Padre!, es un verdadero infierno. ¿Qué me aconseja?

- Buena señora, tengo justo lo que usted necesita, una medicina infalible, un curalotodo milagroso. Tenga este frasco; cuando vuestro marido comience a reñir, beba un sorbo y manténgalo un momento en la boca. Haga siempre lo mismo cuando esté iniciando la discusión. Verá que el resultado será seguro.

Algunos días después, la mujer volvió con la botella vacía.

-Ha sucedido exactamente como usted dijo, padre Felipe. ¡Ha funcionado! Mi marido sigue peleando, pero al ver que yo no le contesto, todo termina en breves instantes. ¡Ud. nos ha curado! Déme por favor otra de esas botellas.

- Con gusto - sonrió el Felipe entregándole otra botella de agua pura recogida de la fuente.

El vino de Fra Felice

Una calurosa tarde, Fra Felice se cntronó en Vía dei Banchi Vecchi con Felipe y, luego de las acostumbradas payasadas de bienvenida le preguntó:

- ¡Eh, florentino!¿tienes sed?
 - Es la Providencia que te manda con este calor endemoniado – respondió Felipe.
 - Sabes, tengo aquí un vino realmente bueno – dijo el fraile.
- En tanto, algunos de los que pasaban por allí, comenzaron a observar el espectáculo.

Con el tiempo, agregó a este tipo de reuniones, la lectural del Evangelio o de algún pasaje de la vida de los santos, de los cuales tomaba distintos argumentos para discutir con ellos acerca de alguna de las virtudes cristianas.

Después de la conversación en la habitación, llevaba a los jóvenes a algún lugar abierto, entre los bosques de la Villa Mattei, donde todavía hoy puede verse el lugar que el santo ocupaba cuando hablaba a sus amigos.

Pero la concurrencia a la habitación del Santo aumentaba día tras día; fue así que comenzó a utilizarse otra habitación para las reuniones. Con el tiempo, finalmente se debió alquilar un local contiguo a la iglesia donde podían reunirse y caber todos los que allí quisiesen ir. Era el año 1544 cuando comenzaba a nacer la congregación de los oratorianos.

Dado que no era posible la conversación con tantos interlocutores, San Felipe designaba a algunos de los jóvenes a la vez para que cada uno narrase algún episodio edificante para el resto y a partir de allí surgía un diálogo ameno entre todos.

Fra Deo gratias

Desde hacía muchos años se encontraba por las calles de Roma a un humilde capuchino con su larga barba característica, de estatura mediana y de modales amables y graciosos.

Llevaba siempre en sus espaldas una bolsa y era llamado por la población “Fra Deo gratias”, ya que a quienquiera que encontrase por el camino, llamaba con ese saludo.

Se trataba de una especie de hermano lego laico que pasaba la vida haciendo el bien por las calles de Roma. Su nombre era Felice da Cantalice, pero solía llamarse por humildad “el asno de los capuchinos”.

Un día, teniendo cierta prisa y en medio de una multitud, comenzó a decir:

- ¡Paso, señores! ¡dejad pasar el asno de los frailes!
- La gente, haciéndose a un lado, se preguntaba dónde estaría dicho animal.
- ¿No la veis? – respondía Fra Felice – soy yo, el asno de los capuchinos.

Cuando el humilde fraile se encontraba con San Felipe, era todo un espectáculo. Parecía como si quisiesen ver quién hacía el mayor ridículo. Uno se arrodillaba frente al otro; el otro bailaba una pieza en el aire en su honor. Cuando se despedían se decían el uno al otro:

El joven, sin embargo no se daba por aludido de lo que el confesor quería expresarle y decía que no tenía nada de malo jugar con sus hermanas.

Un día que el confesor le recomendaba lo mismo de siendo, el joven se sintió aburrido y le dijo que vendría otro día, como para sacárselo de encima. El confesor, sin embargo le aconsejó que fuese a ver al Padre Felipe para que se hiciera aconsejar sobre dicho tema. El joven obedeció y apenas el Santo lo oyó le preguntó:

- Querido amigo: ¿a qué te dedicas?
- Estudio – respondió el joven.
- ¿Y qué cosa estudias?
- Lógica – respondió.
- ¡Ah...! ¡Lógica!.. ¡una hermosa palabra! ¡Está bien!... Entonces sabes que el demonio es un lógico muy experto que enseña a hacer abstracción y a decir “mujer” y no “hermana...”, ¿no es así?

El joven entendió rápidamente lo que quería decirle y el peligro en el cual se hallaba y rápidamente abandonó esa peligrosa costumbre con sus hermanas.

El ángel de la buena muerte

El joven poeta Gabriele Tana, desde hacía largo tiempo que ese hallaba en cama, destruido por la tuberculosis, por lo cual los médicos lo tenían por casi muerto. El pobre no quería resignarse a morir, ya que sus años eran aún pocos y tenía toda una vida por delante.

Cuando Felipe le habló de su posible pasaje a la eternidad, éste se turbó tanto que no podía mantenerse en paz, por lo que el Santo le dijo:

- ¿Querrías donarme toda tu voluntad, hijo mío?
- Aquél, confiando en las palabras del Padre Felipe, le contestó:
- Sí, Padre. Lo quiero.
- Entonces, yo la ofreceré al Señor, y su el demonio viniese a molestarte, tú le dirás: “Yo no tengo más voluntad porque se la he donado a Dios”.

Al día siguiente, luego de haber celebrado la Santa Misa, Felipe volvió donde el moribundo y lo encontró besando el crucifijo de Nuestro Señor, mientras decía:

- ¡Querría morir enseguida, para ir ya al Paraíso!
- Padre mío – dijo luego a San Felipe – hasta ahora os he pedido permanentemente que me curases, pero ahora os ruego que roguéis al Señor para que me libre de esta vida miserable y pesada.

- No dudes, hijito; tu oración será rápidamente escuchada. Pero te advierto de que te prepares para ser tentado por el demonio.

Y tales tentaciones no tardaron en venir, tanto que el enfermo, horrorizado, comenzó a gritar tristemente:

- ¡Padre, por favor! ¡echad fuera aquellos perros negros que giran alrededor de mi cama!

Felipe, invitándolo a la calma y dándose cuenta de que estaba siendo tentado de la misericordia de Dios por parte del Padre de la mentira, le hizo recitar algunas oraciones y así el moriundo recobró la calma y la serenidad, al punto de exclamar lleno de alegría:

- ¡Los perros se van! ¡Gracias, Padre!

Una vez desaparecidas las tentaciones del demonio, el joven expiró suavemente en los brazos dulcísimos del Santo.

La compañía de los pájaros

Luigi Amès, uno de los tantos fieles que frecuentaban la iglesia de San Girolamo della Carità, sabiendo cómo amaba el Padre Felipe las aves, quiso un día hacerle un hermoso regalo regalándole dos hermosos canarios.

El Santo los aceptó con la condición de que fuese el mismo joven quien se ocupase de alimentarlos y cuidarlos, por lo que el joven Luigi, cada día subía a la habitación del Padre Felipe llevando el alimento para dichos animales.

Una mañana en la que el santo se encontraba enfermo en su cama, Luigi subía como acostumbradamente a llevar la comida a los canarillos, cuando de repente, sus ojos se abrieron de par en par al ver la jaula de las aves abierta y los dos canarios saltando y cantando sobre el Padre Felipe, quien reía y jugaba con ellos.

- ¡Bravo, Luigi! ¡Has sabido educar tan bien a estos animalillos que de tanto en tanto vienen a mí y jugamos y cantamos juntos!
- En verdad, Padre, no comprendo este hecho... porque conmigo no han hecho jamás algo similar, es más, todo lo contrario; por lo general han sido más bien tímidos.

El joven intentó sacarlos del lecho del Santo pero luego de un sereno vuelo alrededor de la habitación, los dos amigos del Santo volvían a sus puestos, dispuestos a seguir jugando.

- Déjalos tranquilos. Ahora verás cómo me obedecen.

Se comenzaba visitando la Basílica de San Pedro; luego el cotejo proseguía hasta San Pablo, para descansar en las jornadas primaverales en la campiña romana que en aquella época era más extensa. Allí, al aire libre, cada se danzaba, se recitaban poesías y se cantaba.

Desde San Pablo, a través de la calla que todavía hoy se llama “de las Siete Iglesias”, se dirigían hacia San Sebastián. Al mediodía la multitud reposaba en los prados cercanos a las catacumbas, almorzando al estilo pic-nic. Todos sentados sobre el pasto, tanto los ricos como los pobres, comían pan, vino huevo, aceitunas y alguna feta de salame romano.

Los músicos, guiados ni más ni menos que por Animuccia o Palestrina, daban un concierto para la gente.

A menudo, un niño, bajo la dirección del P. Felipe, recitaba una pequeña poesía o discurso que hacía enternecer a los participantes.

Luego de dos horas de reposo, se retomaba el camino hacia San Juan de Letrán, la basílica madre de la cristiandad, acompañados por el breve canto compuesto por el Santo para la ocasión: “vanidad de vanidades...”.

De allí, proseguían hasta la Basílica de la Santa Cruz en Jerusalén y de allí visitaban la gran Basílica de Santa María la Mayor, en donde dedicaban un canto a la virgen y alguna que otra poesía.

Esta piadosa práctica, lejos de ser solamente para el vulgo, se veía frecuentada por personajes de los más diversos orígenes: fieles comunes, sacerdotes, obispos y hasta cardenales edificaban a todos con su devota y sencilla presencia.

El nacimiento del Oratorio

Los penitentes de Felipe que frecuentaban cada día la Iglesia de San Jerónimo de la Caridad, se encontraban por la tarde muchas veces a punto de perder los frutos recogidos en la mañana.

Para no abandonarlos, Felipe invitó a los más fervientes de entre los jóvenes a reencontrarse con él por la tarde.

Los recibía en su habitación y, estando sentado sobre el lecho o sobre una caja que le servía de mesa de luz, les explicaba algunos detalles de la doctrina cristiana. Mientras el santo hablaba, se lo veía temblar de la emoción por lo que decía.

Estudió luego, ya con treinta y dos años, en el Coelgio Romano y luego de un tiempo, fue ordenado sacerdote.

Estando en San Giacomo visitando a los enfermos con Felipe, Camilo sentía un vivísimo deseo de dedicar su vida entera al servicio de los enfermos. A menudo quería seguir las inspiraciones de su corazón, incluso con la voluntad de Felipe.

El Santo lo disuadía sonriendo, pero Camilo, de carácter fuerte, intentó probar una y otra vez. Dudaba de si hacerse capuchino o de su dedicar su vida a los enfermos; finalmente optó por esta última moción.

Viendo todavía una cierta indecisión por parte de su hijo espiritual, Felipe se negó inicialmente a apoyarlo en dicha empresa, llegando a decirle que era un “hombre idiota y sin letras, por lo que nunca podría ser superior de una congregación como deseaba”. Pero el santo de los enfermos, sin entristecerse por estas palabras, prefirió seguir la voz de Espíritu Santo antes que las de los hombres santos y luego de un tiempo comenzó con la obra increíble de los camilianos.

San Felipe, no bien inició la obra, reconoció que todo era obra de Dios y una vez que lo encontró nuevamente, se arrojó a los hombros de Camilo y le dijo:

- Padre, en verdad vuestra obra es un milagro y no está hecha con medios humanos ni con la prudencia humana.

La visita a las siete iglesias

En los días de fiesta, Felipe disponía hermosos paseos por la Ciudad Eterna. Se vestía con un pequeño manto de penitente y con un grupo de amigos y jóvenes, comenzaban a visitar distintos lugares de Roma.

Las metas eran del todo distintas: la campiña romana, el Gianicolo, las Termas de Diocleciano, la Iglesia de Santa María sopra Minerva, o la iglesia de los Capuchinos. La iniciativa gustaba tanto que hasta los domingos se aprovechaban para reunirse.

Fue así que Felipe, un poco para fomentar la peregrinación religiosa y otro poco para contrarrestar los efectos del carnaval pagano en medio de la Cuaresma, comenzó a organizar esta costumbre cristiana que se conserva hasta nuestros días. Se trataba entonces de una especie de “carnaval cristiano”.

Durante los paseos, se cantaba, se alternaban oraciones, sermones y juegos.

Luego de ello, el Padre Felipe hizo una seña en dirección a la jaula y los dos traviesos luego de un pequeño vuelo, ingresaron en sus habitaciones, mostrando cómo hasta los animales son amigos de los hombres de Dios.

El peso del roquete

El gran pontífice Gregorio XIII, dispuesto a hacer cumplir las reformas litúrgicas de la época, había ordenado – entre otras cosas – que todos los sacerdotes vistieran al momento de tener que oír confesiones.

El Santo, que no podía vestir hábitos muy gruesos ni siquiera en invierno, a causa del tremendo calor que emanaba de su pecho hinchado por el Espíritu Santo, estaba dispuesto a acatar la norma litúrgica, pero le era imposible soportar una prenda más, amén de su raída sotana. ¿Qué hacer, entonces? La orden pontificia no admitía excepciones; no quedaba otra solución que ir donde el Papa y pedir una dispensa especialísima.

Un día, Felipe, decidió cortar por lo sano. Vestido con su sotana abierta hasta el pecho, se presentó frente al Santo Padre, el cual, maravillado por el modo en cómo vestía, quiso saber el motivo.

El Santo respondió:

- ¿Cómo es posible que pueda vestir el roquete en el confesionario, si apenas puedo tener la sotana abotonada hasta el pecho, y así y todo siento que me quemó por completo?

El Papa, que tenía una gran veneración por el Padre Felipe, respondió sonriendo:

- No queremos que la orden sea para Ud. también. Haga ud. como mejor le parezca.
- Gracias, Santo Padre, Dios se lo pague.

Así, simplemente, San Felipe Neri iba escondiendo los dones que Dios le daba.

Heroísmo de caridad

Una noble señora romana le había regalado al Santo una bellísima seda de damasco, como aquellas que sirven para tapizar los salones de los nobles. Eran varios metros de tela que podrían bastar muy bien para distintas habitaciones.

El Santo, tomando el paquete, lo llevó al mercado y lo vendió. Luego repartió todo entre los pobres, por lo que fue ese un día de fiesta entre los más humildes de la zona. No se trataba de otra cosa sino del cumplimiento del consejo evangélico: “Vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres...”.

Otra vez supo por intermedio de uno de sus penitentes, que una buena señora no participaba de la Santa Misa dominical, por no tener un vestido decente para asistir a ella.

El Santo, no pudiendo permitir que aquella alma viviese alejada de Dios, corrió a su habitación, le quitó la túnica que vestía y dándosela al penitente le dijo:

– Vete, llévasela a aquella pobrecita: a mí me basta con esta vieja camisa.

Incluso aquí Felipe era un fiel seguidor de Cristo: “Quien tiene dos vestidos, que le de uno a quien no posee... ya que cualquier cosa que le hicieses a uno de estos pequeños, a Mí me la habréis hecho”.

El condenado rebelde

Una tarde, Felipe fue llamado con urgencia desde la Compañía de la Misericordia para confortar a un condenado a muerte que, furibundo, se rebelaba a toda exhortación y oración.

El pobre infeliz, desde cuando había recibido la noticia de su sentencia, se había encolerizado tanto que nadie podía hacerle entrar en razones para que se arrepintiera y se dispusiera para una buena muerte.

Felipe se puso rápidamente en camino, hasta que llegó hasta él, en el mismo instante en que se hallaba blasfemando y diciendo toda suerte de imprecaciones contra los presentes. Rápidamente, pidió que lo dejaran solo con el condenado.

Luego, para sorpresa del condenado, el Santo se le abalanzó y lo tomó con todas sus fuerzas del cuello, tirándolo a tierra y sentándose encima. Había intuido que el demonio se había apoderado de aquella alma en desgracia. El endemoniado continuaba blasfemando, pero se hallaba imposibilitado de hacer nada, mientras que el Santo lo amonestaba a que se arrepintiese de sus pecados.

Finalmente, luego de un rato, el endemoniado comenzó a callarse y a exhalar pequeños suspiros, hasta que finalmente pidió confesarse. El espíritu maligno había sido vencido.

– ¿Qué haces, Escolástica? – le preguntó – ¿en qué andas? ¿por qué dices de tu salvación eterna? ¿no sabes que el Paraíso es tuyo?

– ¡Padre mío! – respondió la religiosa – Dudo mucho de ello; ¡estoy convencida de que iré al infierno!

Felipe entonces dijo:

– Te quiero demostrar que el Paraíso es tuyo. Dime entonces ¿por quién ha muerto Jesús?

– Por los pecadores – respondió ella.

– ¿Y tú qué eres?

– Una gran pecadora.

– ¿Ves entonces? ¡El Paraíso es tuyo! Basta que estés realmente arrepentida de tus pecados para ir allí.

Sor Escolástica salió de aquel coloquio totalmente consolada, y cada vez que la asaltaban los mismos temores, repetía: ¡El Paraíso es mío!

Manos milagrosas curan a un joven judío

El Padre Felipe estaba preparando para el bautismo a un joven judío que había logrado el permiso de sus padres para abrazar la verdadera Fe, hasta que algunos días antes de recibir el sacramento, improvisamente, dejó de venir al Oratorio.

Pensado que pudiesen haber sido los padres los que, ahora, hubiesen desaconjeseado el bautismo de su hijo, Felipe Neri se llegó hasta su casa y encontró un panorama totalmente diverso: el joven se encontraba agonizando en su cama con pocas horas más de vida.

San Felipe se le acercó y le dijo:

– Hijo, no debes morir, porque de lo contrario los judíos pensarán que han sido los cristianos los que te han matado.

Luego se puso a rezar a los pies de la cama y luego de tocarle la frente y el pecho, lo bendijo y el joven sanó al instante. Entonces, mirando a los padres les dijo:

– Vosotros tenéis un médico interior, en vuestra propia casa. ¿Para qué buscar más?

Dos santos en desacuerdo

Camilo de Lellis había ido a Roma como un joven pobre, iletrado y sucio, pero de una fe profundísima. Conoció a Felipe Neri en el hospital San Giacomo, donde el Santo visitaba a los enfermos; fue así como nació una profunda amistad, convirtiéndose el santo en director espiritual del fundador de los camilianos.

- Dadme diez hombres verdaderamente desinteresados y yo, con ellos convertiré el mundo entero.

* * *

Para coronar su postura frente al dinero, sucedió en 1559 que su padre, ya a punto de morir, lo hizo heredero de unos pocos bienes. Apenas el Santo se enteró de ello, envió una carta que terminaba con la siguiente frase:

- Yo espero otra herencia: la del Reino de los Cielos.

La vocación al Oratorio de un joven orgulloso

Se presentó una vez al santo un joven aristócrata, deseoso de entrar en la congregación del Oratorio.

Felipe le hizo un par de preguntas para asegurarse de que tenía verdaderamente la vocación de lo alto. De las respuestas que el joven daba el santo entendió rápidamente que se trataba de una persona demasiado apegada a las cosas del mundo, con una buena dosis de orgullo.

Antes de darle la respuesta definitiva, quiso ponerlo a prueba. Subió a la habitación y volvió con una cola de zorro en la mano; dijo luego al joven:

- Toma esta cola, pónstela dentro y con la máxima seriedad, date unas vueltas por el centro de la ciudad. Cuando vuelvas te daré la respuesta.

El joven, que no se esperaba una respuesta tal, respondió con arrogancia:

- ¡No he venido para buscar una vergüenza! ¡jamás haré una locura semejante!
- ¡Entonces – dijo Felipe – no es para ti esta vida! Ten por cierto que para nosotros no esperamos honores, ni riquezas, sino renunciadas y mortificación.

Antes estas palabras, el joven comprendió la lección y se fue apenado, pero conciente de que la vida sacerdotal no era para él.

Cura los escrúpulos

Sor Escolástica Gozzi, del monasterio de Santa Marta, viéndose muy tentada por el demonio, deseaba ansiosamente conversar con Felipe Neri.

El P. Felipe fue avisado de todo; así una mañana, luego de haber ofrecido la misa por esta joven, se acercó hasta el convento para conversar con ella.

El Santo entonces, ayudándolo a levantarse de la tierra, lo hizo arrodillarse y escuchó la confesión. Luego, abrazando su cabeza y llevándola hasta el pecho, lo confortó disponiéndolo a una muerte cristiana.

Invita a la modestia

Un sacerdote de Roma llamado Marcello Ferro, era tan vanidoso que – en vez de usar su sotana, como buen sacerdote – se paseaba por las calles de la Ciudad Eterna, haciendo gala de distintas vestimentas elegantes.

Encontrándose una vez con un viejo amigo, éste le comentó acerca del Padre Felipe y de su carácter tan amigable, por lo que decidió ir a conocerlo, al menos por curiosidad. Así, fueron juntos hasta la iglesia de Santa María Sopra Minerva y lo encontraron arrodillado frente al altar del Santísimo Sacramento.

El sacerdote mundano, se conmovió tanto que con sólo verlo se debió cubrir el rostro de la vergüenza, ya que deseaba comenzar a llorar como un niño. El Santo, dándose cuenta de ello, se dio vuelta y le dijo muy alegremente.

- ¡Amigo! ¿qué haces por acá? ¿por qué no vas a visitarme a San Girolamo?

El P. Marcello no resistió a su voz paternal y al día siguiente estaba allí, conversando con el Padre Felipe. Éste lo escuchó con dulzura y antes de despedirlo, le susurró al oído:

- Hijito, no te resistas al Espíritu Santo: Dios quiere que te salves.

Bastaron estas palabras para que aquel sacerdote, avergonzándose de su vanidad, dejase sus vestimentas mundanas para convertirse del todo a una vida seria y pía.

El pan y las almas del cielo

Un día que el Santo estaba rezando en la Iglesia de San Girolamo, vio suspendidos en el aire, cubiertos de nubes, dos almas beatas del cielo. Similar a una visión del paraíso, él sentía al mismo tiempo una dulce armonía que provenía desde el aire: era el canto de los ángeles.

Observó bien que los dos espíritus, sentados sobre las nubes, hablaban entre sí y luego, volviéndose a él, con una profunda inclinación, le hicieron la señal de que les prestara atención, como si debiesen decirle alguna cosa importante.

Una de estas almas, tenía entre las manos un pan duro que comía lentamente, mientras que la otra, sonriendo, tenía los brazos tendidos hacia el santo y lo miraba fijamente.

Felipe, luego de haber contemplado largamente la escena, se esforzaba por indagar qué cosa era ese mensaje. Entonces, rezó al Señor para que lo iluminase, hasta que oyó una voz misteriosa que le dijo:

- El Señor quiere que tú vivas en medio de los pobres, absteniéndote en lo posible de comer carne.

Felipe hizo de aquel mensaje una regla de vida, por lo que de allí en más no probó bocado de carne, excusándose en cualquier reunión al decir que “su estómago no la soportaba...”.

En los hospitales

Felipe también se dedicaba a la obras de caridad más ardientes. Así, en los hospitales de Roma, venciendo toda repulsión natural, iba a consolar a los miserables, a los más necesitados, y los más los tristes que en hallaban en total abandono.

Los asistía con indecible caridad, brindándole toda suerte de servicios: les hacía la cama, ordenaba las pocas cosas que tenían, limpiaba las sábanas y vestidos, barría, les daba de comer, en fin, hacía todo lo que una persona normal podía hacer por su otro Cristo. Sin embargo, no era únicamente una especie de enfermero, sino sobre todo, un médico de las almas.

Hablaba con ellos de Dios y de la esperanza del Cielo, con tanta Fe que todos se sentían confortados por sus palabras. Les mostraba que también él sufría con ellos, cual un dulce padre. Si alguno estaba a punto de morir, se arrodillaba cerca suyo y rezaba a Dios por la salvación de su alma. Los médicos mismos se veían maravillados de tanta caridad.

El ejemplo de Felipe movió a muchos a imitarlo. Un grupo de laicos, comenzó a acompañarlo, uniéndose luego un grupo de píos sacerdotes y hasta señores de la alta sociedad. El Santo, acompañado de todos ellos, vestido con una túnica blanca, se versaba en las obras más humildes aprovechando la ocasión para educar a sus discípulos en la mortificación.

Así, en la escuela de su caridad, se multiplicaron los ejemplos y las almas progresaban en la perfección.

Felipe, que oyó lo que decían de él mientras se despedían, abrazó al padre Consolini y le dijo.

- ¡Muchas gracias, hijo! No podía habernos ido mejor.

* * *

Otro día, se encontraba leyendo un libro de humor, muy gracioso, comenzó a reírse a las carcajadas. Otro religioso, molesto por su actitud, lo reprendió diciéndole:

- ¡ Los sacerdotes no deben reírse de esa manera!.

Felipe, conservando su brillante sonrisa, le respondió:

- El Señor es bueno, ¿cómo no va a alegrarse de que sus hijos nos riamos? La tristeza nos hace doblar el cuello y no nos permite mirar al Cielo. Debemos combatir la tristeza, no la alegría.

Alejado de las riquezas

En Castelfranco, Felipe poseía algunos bienes de la familia.

El florentino Simone Grizzini, sabiendo esto y viendo que el santo no le daba importancia, insistía para que tomara conciencia de ello.

- Padre - le decía – debería ocuparse de aquellas propiedades de Castelfranco, ya que de lo contrario podría perderlas totalmente y otro gozaría de dichos beneficios.

Felipe intentaba cambiar de tema diciendo:

- ¡Hablemos de cosas más importantes! No son estas las cosas que me interesan.

Un día, Grizzini le repitió el mismo discurso, hasta que cansado, el P. Felipe le dijo:

- ¡No me hable más del tema, porque no tengo el menor interés! ¡Hace falta, querido amigo, tener mucho cuidado con las riquezas como si fuera la misma peste!

Desapegado como era de todo interés material, solía decir:

Cuando llegaron los personajes en cuestión, se hizo visitar en una pequeña habitación, junto al padre Consolini, quien tenía el encargo de leerle ni más ni menos que “Las Andanzas” de su querido Pievano Arlotto⁴.

Mientras Consolini leía en alta voz, llegaron los príncipes. Felipe hizo una ligera inclinación, pero sin demasiada ceremonia. Luego de mirarlos de arriba abajo, les hizo cerrar la puerta, diciendo:

- Vosotros, señores, tendrán la bondad de aguardar un momento hasta que termine con esta importante lectura que no puedo interrumpir.

Aquellos señorones quedaron algo extrañados de tal recepción. En tanto Consolini continuaba tranquilamente leyendo a Arlotto, mientras que Felipe, con una mano sobre la pansa lo escuchaba atentamente, profiriendo, de tanto, grandiosas risotadas. Cuando escuchaba alguna frase realmente divertida, decía:

- Lee nuevamente, Consolini... repite de nuevo este pasaje porque no son cosas para tomárselas a la chacota.

Y una vez que repetía, decía:

- Bravo – exclamaba – así me gusta.
- Esto es un libro realmente raro – continuaba diciendo a sus visitantes que, impacientes, esperaban a que terminara la extraña lectura. - Es un libro raro porque dice la verdad, la verdad que ninguno quiere entender. Ya..., ya..., muy bueno, muy interesante. Un cura como yo no debe perder tiempo en tonterías, sino estudiar seriamente estos libros.

Y volviéndose al Padre Consolini le decía:

- ¡Sintamos un nuevo pasaje!

Por momentos se hacía el serio, acercaba la oreja como para no dejar que ninguna palabra se le escapara; con la cabeza, hacía señas de aprobar lo que oía.

- ¡Mirad, señores, si no leo yo libros realmente buenos que me hacen meditar largamente! ¡No se diga que un pobre cura debe ayunar de ciencia tan exquisita!

Terminada la lectura, aquellos príncipes se miraron el uno al otro y se marcharon de aquellos aposentos.

- ¿Habrá sido éste aquél sabio y santo teólogo del cual el Santo Padre nos hablara? ¿quizás nos hayamos equivocado de parroquia?

⁴ Se trataba de un conjunto de narraciones picarescas narradas por un sacerdote del S. XV.

El modo de corregir las costumbres

Entre los adagios latinos más populares, se encuentra aquél que dice “castigat mores ridendo”³ y Felipe conocía muy bien el efecto positivo que dicha conducta trae en la corrección de las conductas humanas.

Entre aquellos que frecuentaban el Oratorio, se encontraba una vez cierto joven vestido muy elegantemente y extremadamente vanidoso, que gustaba llevar camisas de cuellos amplios y sombreros muy lujosos. El Santo sin embargo, fingía no darse cuenta de dicha costumbre; lo trataba siempre con cordialidad y se entretenía conversando con él, hasta que una vez, encontrándose sólo con el joven, le dijo:

- Hijo mío – le decía acariciándole la frente – te haría aún más caricias, pero este cuello duro y áspero que llevas me lo impide.

El joven entendió rápidamente la lección y al día siguiente se presentó al Oratorio con una vestimenta más acorde a la situación y dejando de lado la vanidad.

Otro episodio cómico de la vida del Santo en el cual aprovechó para corregir cierta vanidad, fue aquella en la cual una noble señora le preguntó si era pecado llevar tacos altos... El santo, sonriendo le respondió:

- En verdad no lo sé, pero tenga cuidado simplemente de no caerse.

La simple respuesta fue suficiente para causar el efecto deseado, ya que la señora se dio cuenta de que era más cómo usar zapatos con tacos... bajos.

La táctica de San Felipe era siempre tratar a las almas inicialmente con mucha tolerancia, sin imponerles una forma severa de vida cristiana, ya que estaba convencido de que, una vez encaminados, debían por sí solas darse cuenta de las deficiencias de sus costumbres.

Por ello decía como consejo a sus discípulos:

- No tengáis prisa en convertir las almas y en mejorar sus hábitos: dejad que un poco del amor de Dios encuentre un lugarcito en sus corazones y entonces podréis abandonarlas a sí mismas.

Se burla de los médicos

³ Antiguo adagio latino que significa: “castiga las costumbres, riendo”.

Los extraños fenómenos de su corazón, llamaban la atención de diversos médicos, los cuales no sabían explicarse cómo un órgano tan delicado pudiese dilatarse con tanta violencia, al punto de haberle roto algunas costillas.

Por otra parte, observaban que sus movimientos eran totalmente anormales: palpitación irregular y tan fuerte que hacían temblar totalmente al paciente, mientras grandes calores internos lo obligaban a meterse sobre el pecho (incluso en pleno invierno), distintos paños mojados para aliviar el ardor.

Los hombres de ciencia hacían las más diversas suposiciones a fin de explicar naturalmente lo que el Santo conocía era de orden divino, y el intento por curarlo no hacía más que proporcionarle un buen motivo de risa. San Felipe no quiso jamás develar su secreto y cuando se encontraba con los médicos, les decía:

- ¿No veis porfiados, que no lograréis jamás curarme?

El célebre médico Andrea Cesalpino, que tuvo ocasión de visitar al Santo cuando se hallaba enfermo, no sabía más qué remedio aplicarle; mientras tanto, Felipe repetía:

- Ruego a Dios para que ilumine a los médicos acerca de la causa de mi mal!

Una noche, poniéndose más grave que de costumbre a causa de fuertes dolores que sufría, los médicos le aplicaron diversas curaciones hasta que llegado un momento el enfermo logró sentirse bien. Sin embargo les dijo:

- Quedaos tranquilos, que habéis sido vosotros los que me curaron, sino esta reliquia que tengo en el bolsillo.

Y les mostraba una pequeña teca, regalo de su amigo el cardenal Federico Borromeo.

* * *

Sucedió otra vez que, exhausto a causa de las largas horas de oración nocturna, terminó por desvanecerse. Fue llamado entonces urgentemente un médico, el cual le aplicó rápidamente un hierro incandescente. Un vez vuelto en sí, le preguntaron cómo se sentía; él, como si no hubiese pasado nada, respondió:

- ¡No he tenido mayor mal que el que me habéis hecho vosotros!

Él respondió:

- ¿Pretendes tú que los otos digan que yo soy un hombre que sabe escupir bellas palabras? ¿eh? ¿no ves que entonces todos dirían que “Felipe es un santo”?
- Que vengan los aristócratas a mí, que yo les enseñaré lo que ellos quieren ver.

Es tomado por ignorante

Tanta era la fama del P. Felipe en Roma que muchos prelados corrían a ver cómo celebraba la misa, cómo predicaba, cómo confesaba. Se narra que, celebrando el Santo Sacrificio, el Padre florentino se alzaba a varios palmos del suelo, abrasado en éxtasis.

Una mañana, mientras se acercaba al altar, un prelado de la curia, Attilio Serrano, quiso observar el extraño fenómeno. San Felipe, se dio cuenta de todo y planeó una lección. Intentando reprimir sus frecuentes temblequeos al celebrar la Misa, comenzó a equivocarse adrede en la pronunciación del latín.

A cada palabra equivocada, el curioso prelado movía la cabeza en son de protesta como rechazando la ignorancia del celebrante. Una vez terminada la Misa se retiró y comentó:

- ¿Y a éste le dicen santo? ¡si ni siquiera sabe leer el latín!

Felipe se hizo informar de tal opinión y quedó totalmente encantado con su astucia.

Las andanzas del Pievano Arlotto

El Papa Clemente VIII que tenía gran veneración por el santo, recibiendo en audiencia a algunos príncipes polacos les dijo:

- ¿Queréis ver a un santo? ¡Ved a la Vallicella y pedid por el Padre Felipe!

Mientras tanto, el Santo fue advertido de la ilustre visita, por lo que se preparó para ella.

- Hijo: no es tiempo de dormir ahora – añadió sonriendo – dormiremos luego. ¡El Paraíso, el Paraíso!

¿Cuándo dejasteis el mundo?

Un día, se encontraba el Santo en la casa de la Marquesa Rangona, una de sus penitentes, en compañía del Padre Gallonio. Durante la conversación que se desenvolvía sobre argumentos espirituales, la marquesa le preguntó a Felipe:

- Padre; ¿desde hace cuánto tiempo que habéis dejado el mundo?
- No lo he dejado jamás – respondió el Santo.

Y volviéndose a Gallonio, le dijo:

- ¡Cuéntale a la marquesa, cómo yo me divierto siempre con esos hermosos libros picarescos!
- ¡Qué maravilla, Padre – exclamó Gallonio – ¡si no tenéis otro modo de reprimir en vos la flama de amor de Dios que os arde en el pecho!

Felipe, que no se esperaba tal respuesta, lo miró duramente y cambió de discurso diciendo:

- Yo siempre he amado las diversiones de la vida mundana.
- Pero la marquesa comprendió que todo esto lo decía para humillarse.

Cuando salieron de allí, Felipe dijo a Gallonio:

- Hijo: ¿qué se te pasó por la mente cuando decías eso? ¡Dios te perdone...!

Busca el desprecio

Si sucedía que debía recibir a ilustres personajes, intentaba por todos los medios aparecer como un ridículo antes sus ojos.

Cuando lo visitaban, se ubicaba en un sillón cómodo y totalmente despatarrado comenzaba a contar chistes mundanos. Así sucedió una vez con Lorenzo Altieri.

Esta persona de la alta sociedad italiana, sentía curiosidad por ver al P. Felipe, al punto que un día se las ingenió para visitarlo junto con otro noble de Roma.

¡Qué sorpresa se llevó al ver al gran “santo” adornado de una bata roja y calzado con ridículos zapatos de distintos colores! Esta manera de recibir a los visitantes ilustres, por cierto, no agradaba del todo a los discípulos del santo. Por ello un día uno de ellos le dijo:

- Padre, sería bueno que, con ciertas personas, tuvieseis un cuidado más serio, porque alguno podría escandalizarse de vuestra actitud.

Así, la ciencia médica debía reconocerse impotente para curar los males del Santo.

¡Y luego... morir!

Una vuelta, se encontró San Felipe con un desconocido canónico, el cual había llegado a Roma con la esperanza de poder “hacer carrera”.

- Bienvenido seas, querido amigo - le dijo el Santo. ¿Qué de bueno te ha traído hasta estas partes?
- Padre: tantos en Roma consiguen buena fortuna, que hasta yo echaré suertes aquí para ver qué sucede.
- ¿Y qué pretendéis con eso? ¿qué cargo podréis recibir?
- ¿Qué pretendo? La mitra no estará mal; quizás algunas prelaturas y ¿quién sabe? ¿por qué no el *cappello* cardenalicio?
- Y luego..., cuéntame ¿qué más?
- Luego, ya con las primeras prevendas, se continúa y con una buena carrera podría obtener alguna nunciatura.
- ¿Y luego?
- Luego... Usted sabe... de entre los cardenales se elige al Papa. ¿Quién sabe?
- ¿Y luego...? Imaginemos que lo eligieran Papa...
- “¿Y luego...?”, “¿y luego...?”; pero ¡me da risa tantos “y luego...”. ¡Luego morir, naturalmente!

Llegados a este punto, San Felipe lo abrazó estrechamente y le dijo al oído:

- Señor canónico, *y luego morir, y luego morir, y luego morir.*

Y guiñándole el ojo, le sonrió apaciblemente y saludándolo lo dejó.

Prevé la muerte de una niña

Fabricio máximo tenía una hijota de nombre Elena, una hermosa niña que era la alegría de su familia.

Para asegurarle el porvenir con una rica dote, Fabricio pensó depositar en el baco una gran suma de dinero a su nombre. El contrato sería una especie de donación vitalicia por el cual el banco se obligaba a otorgar anualmente intereses a nombre de la joven hasta el día de la muerte de la misma.

Padre Felipe, apenas supo esto, le advirtió a Fabricio que perdería todo sin ningún provecho porque la niña moriría rápidamente.

- Intenta recuperar el dinero, le dijo el Santo.

Fabricio prometió acerlo, pero luego, viendo que la salud de su hija no peligraba, se confió en el banco.

En septiembre de ese año , Elena enfermó repentinamente y luego de algunos días murió, por lo que al dolor de la muerte de la pequeña se añadió la pérdida del dinero familiar. Esas eran las consecuencias de no haber escuchado a un Santo.

El Camino del infierno

Un penitente del p. Felipe, se acusaba en el confesionario como gloriándose de las cosas malas que había hecho.

- ¡Bien... buenísimo... excelente! ¡No creía que tuvieses tanto ingenio! ¡te pensaba más bien quedado y menos audaz! Sigue así, pedazo de idiota, porque ¡será difícil que se te de otra oportunidad para poder confesarte y, entonces, irás directamente al infierno!

El penitente entendió y prometió no caer nuevamente en las mismas faltas.

- ¿Cómo? ¿queréis ahora dejar de hacer eso?¿por qué? ¡Es muy bueno andar en compañía del demonio para toda la eternidad! Sigue, sigue también, ¡bestia! ¡y verás cómo terminarás! De un día para el otro subirás al palco de Satanás.

Todo esto el P. Felipe se lo decía entre un todo gracioso y serio, hasta que el pecador, arrepentido realmente le gritó:

- Padre, Padre mío: ¡misericordia y piedad!

Lo toman por un poseso

Una mañana que el P. Felipe se preparaba para celebrar la Santa Misa, el santo se veía asaltado de temor frente al sacrificio que debía officiar. Mientras tanto, un señora, viéndolo temblar, pensó para sí:

- Este padre debe ser un poseso...
Llena de escrúpulos por haber hecho un juicio tal, ni bien terminada la Misa, pidió confesarse.

Una vez llegada hasta el confesionario, se enteró que el sacerdote que estaba dentro, era el mismo que había celebrado la Misa. ¿Cómo confesarse?

Una vez allí, pidió hablar con la hermana, la cual, llegada hasta él, le hizo una reverencia y le dijo.

- Estimado Padre: ¿en qué puedo servirlo?
El santo, que estaba cómodamente echado en un sofá, sin siquiera ponerse de pie para devolver el saludo, extendió su pie diciendo:

- Antes que nada, Reverenda Madre, le rogaría que me quitara estos zapatos mojados y llenos de lodo; luego de limpiarlos bien, venga aquí que conversaremos.

La monja se alegó horrorizada y con palabras duras le demostró que de ninguna manera ella limpiaría sus zapatos:

- ¡Me maravillo cómo ud. se hablarme de una manera semejante! ¡soy una religiosa!
Felipe calló amargamente y alzándose salió del convento y fue directamente a presentarse frente al Papa.

- Beatísimo padre, aquella monja ciertamente no es santa y tampoco hace milagros, porque le falta la virtud fundamental: la humildad.

Dormiré cuanto esté muerto

El Padre Gallonio, secretario del santo, tenía una habitación debajo de la suta. Cuando de noche lo sentía caminar o moverse se preguntaba siempre qué cosas tendría en mente que no le permitían descansar.

Cierta vez, por la mañana, Gallonio le preguntó:

- Padre: ¿Por qué no habéis dormido?
- ¿Y tú qué crees? – respondió el santo.
- Probablemente habréis estado rezando – dijo Gallonio.

El Santo cambió rápidamente de discurso para no permitir que se supiese su secreto.

Otra noche que Felipe se hallaba enfermo, Gallonio sintió nuevamente ruidos en la habitación del Padre por lo que subió corriendo y golpeó la puerta. El santo le dijo en tono gracioso:

- ¿Qué tienes, Antonio?¿por qué no duermes?
- Padre, decidme: ¿Qué tenéis que no podés dormir ni siquiera cuando estáis enfermo?

Cierta mañana, se presentó a Felipe un joven pidiendo confesión. Luego de escuchar una enorme cantidad de pecados, el Padre veía que su penitente no estaba del todo arrepentido; le faltaba contrición.

El Santo no sabía cómo suscitar en él un mayor dolor por los pecados. Tuvo una inspiración y le dijo:

- Escucha: debo ausentarme sólo unos minutos del confesionario. Tú mientras tanto espérame y haz penitencia por tus pecados mirando este Crucifijo – le dijo, dándole una pequeña imagen de Nuestro Señor crucificado.
- Pero... ¿qué debo hacer? – dijo el joven.
- Simplemente mírala – dijo el Santo.

Una vez solo, el joven comenzó a mirar el Crucifijo; la primera mirada fue totalmente indiferente, pero luego lo contempló casi como preguntándose:

- ¿Pero qué es esto? ¿por qué...? ¿quién lo puso sobre la cruz a Cristo? ¡Los judíos, pero en realidad todos nosotros! ¡yo también! ¡cuántas veces he pecado! – y conmovido comenzó a besar el leño de la cruz diciendo:
- ¡Misericordia, Señor! ¡misericordia!

El Santo, que se encontraba rezando en una capilla contigua, sin que el joven lo viese, se dio cuenta del efecto buscado y volvió rápidamente hasta él exclamando:

- ¡Ahora sí que puedes recibir la absolución! ¡vé, hijo mío y no peques más!

La falsa santidad

En un convento de Roma vivía una monja que gozaba de gran santidad.

Corría la voz entre el pueblo que la religiosa se hallaba llena de dones celestes y que hasta podía conocer el futuro de las personas y hasta obrar milagros.

Cuando el Papa supo de todo esto, mandó al P. Felipe para que se entrevistase con la religiosa y luego le comentase cuál fuese su juicio acerca de la misma.

Felipe se puso en camino, pero como en aquellos días llovía una enormidad en la ciudad de Roma, llegó totalmente embarrado y mojado al convento de las religiosas.

- Padre: he dicho... he pensado mal – decía avergonzada.
El Santo, rompiendo el hielo, le dijo:

- Tonta, has murmurado contra mí, ¿no es cierto?
- Sí, padre, pero estoy totalmente arrepentida.
- ¿Qué cosa has pensado?
- Lo he visto elevarse desde la tierra mientras celebraba la Santa Misa.
- ¡Cállate! ¡No le digas a ninguno lo que has visto!
- Y bien – continuó la penitente – he pensado en mi corazón que Ud. es un poseso.

Pronunciado con gran esfuerzo estas palabras, la señora dio un gran suspiro como si se hubiese liberado del pecado más grave.

El Santo rió grandemente y luego dijo:

- Es verdad, es verdad, soy en realidad un poseso. ¡Vaya tranquila! Está perdonada.

El perdón de las ofensas

Un señor que desde hacía poco tiempo había comenzado a hacer dirección espiritual con el P. Felipe, había jurado vengarse por una gravísima ofensa que había recibido.

El santo, con las maneras más amables, intentaba aplacar la ira de su hijo espiritual.

- Padre mío – decía el hombre – ¡no puedo perdonar una ofensa tal!
Un día Felipe, para cautivar aquel corazón envenenado e inducirlo a los buenos consejos, le mostró el Crucifijo diciendo:

- Mira aquí; ¿ves este Crucifijo? Bien, ¡por amor tuyo Cristo esparció toda Su Sangre; por amor a ti invocó misericordia y perdón! ¡Arrodíllate y pide perdón!

Aquel hombre obstinado no supo más qué hacer y frente a la fuerza del P. Felipe, se largó a llorar como un niño y exclamó:

- ¡Heme aquí, padre para hacer tu voluntad! ¡Perdono de todo corazón!

Tened un poco de paciencia

Desde hacía tiempo se presentaba en el Oratorio un jovencuelo de nombre Tomás Arena, venido desde Calabria que, en vez de escuchar los sermones, se hacía burla del resto de los jóvenes. Se ubicaba en el fondo de la sala para cantar canciones mundanas y molestar al resto de la gente; mientras los otros rezaba, él silbaba o reía Peor que una hiena. Todos se quejaban ante el P. Felipe:

- Padre: no podemos más soportar a este canalla; es necesario que le demos una lección.
- Tened paciencia – decía el Santo – y veréis.

El desgraciado continuaba molestando; así estuvo varios meses probando la paciencia de todos los del oratorio. Pasado cierto tiempo, comenzó a darse cuenta de que ninguno hacía más caso a sus provocaciones por lo que comenzó a cansarse. Atraído poco a poco por las duces maneras del Santo, cambió totalmente. La dulce y humilde paciencia de Felipe lo habían vencido.

Así, lleno de dolor, pidió perdón al P. Felipe por los escándalos causados y se confió a la su dirección espiritual. Contento con la nueva adquisición para el Oratorio, el Santo decía a aquellos que en el pasado querían darle una lección:

- ¿Acaso no tenía razón cuando les decía que tuvieseis paciencia? ¡Así es como terminan ciertas bromas! Venía a burlarse de nosotros y terminó siendo presa de las burlas de la gracia divina.

El fármaco de salud

El Santo enseñaba que la Comunión frecuente, unida a la devoción de la Virgen Santísima, era el medio más seguro para mantenerse puro en la juventud.

Un joven fue un día a visitarlo, rogándole que lo ayudase en vencer ciertos hábitos impuros que desde hacía tiempo lo dominaban. Felipe lo consoló dándole sabios consejos, y luego de averlo escuchado en confesión, lo absolvió diciéndole:

- Mañana por la mañana vendrás a comulgar.
- ¡Con gusto, Padre! – respondió el joven.
- Y si llegase a pasarte otra vez de caer en este pecado, vendrás a confesarte enseguida.

La tarde siguiente, vio Felipe venir a su confesionario a aquel pobre joven para acusarse de una nueva caída en ese pecado de impureza.

- Padre, he caído nuevamente en la misma culpa – exclamó con sufo el penitente.

El Paleólogo

El apóstata dominico, Giacomo della Massigliara, apodado “Paleólogo”, fue condenado a muerte a causa de su pertinacia en la heterodoxia de la fe. El rebelde, no mostraba ningún signo de arrepentimiento, pese a la paciencia de la Iglesia.

El día de la ejecución, Felipe se hallaba confesando en su parroquia, cuando le advirtieron que el apóstata estaba siendo conducido al suplicio.

El santo corrió rápidamente al lugar por donde pasaría en su trayecto hacia la plaza del patíbulo (Campo dei Fiori). Atravesando por entre medio de la multitud, logró llegar hasta el condenado y una vez cerca, se le arrojó al cuello, exhortándolo al arrepentimiento.

La gente reunida, quedó totalmente golpeada por aquel gesto. Mientras tanto, sobre los ojos del infeliz condenado, despuntó una lágrima: eran lágrimas de arrepentimiento. Todos los presentes gritaron de alegría al ver al hereje arrojarse a los pies de Felipe invocando perdón.

A pedido del Santo, se mandó pedir el perdón de la pena al Sumo Pontífice, viendo que el pobre se había arrepentido. En pocos instantes llegó la respuesta del Papa que ordenaba retirar la condena con la esperanza de que el apóstata se retractase de sus errores.

El Paleólogo declaró entonces, delante de todo el pueblo, que se sometía a la autoridad de la Santa Madre Iglesia y confesó sus errores.

Así le fue salvada la vida; sin embargo, fue conducido nuevamente a la prisión del Santo Oficio, donde Felipe visitándolo asiduamente, logró convertirlo del todo.

Luego de algunos años, sin embargo, volvió a la herejía y condenado nuevamente a muerte. En su orgullo ciego, el infeliz había olvidado los buenos consejos del Santo; antes de morir, el santo mandó a que lo asistieran en sus momentos finales. El hereje en aquel último instante dio un nuevo signo de arrepentimiento, pero ya era demasiado tarde para salvarle la vida por segunda vez.

La oración de Felipe había obtenido por dos veces los frutos de conversión de aquel pobre hereje.

Penitentes y el Crucifijo

Eran las lecciones de Felipe bueno.

- ¡Coraje hijo! ¡El Señor te perdona!, dijo Felipe.

Esta segunda vez el amable Santo lo confortó exortándolo a combatir el demonio y a resistir a las tentaciones.

- Como penitencia, harás mañana la confesión.
- Padre mío... ¿y si caigo nuevamente? – agregó preocupado el penitente.
- ¡No temas! Apenas caigas en pecado, vuelve aquí a confesarte y no dejes jamás la comunión – respondió Felipe.

El joven, deseoso como estaba de volver a la vida de la gracia, obedeció el consejo del Confesor y, durante trece días consecutivos se arrojó a los pies de Felipe para acusar su nueva caída en pecado mortal.

Una tarde, cansado y abatido por caer siempre en el mismo pecado sin lograr levantarse, exclamó:

- Padre, no me siento más con coraje de presentarme nuevamente ante Ud. ¡He perdido ya toda esperanza de poderme enmendar!
- ¡Hijito! Ten por seguro que pronto te enmendarás por completo – respondió el Santo.

Con incansable caridad, Felipe logró obtener que el joven, mediante la comunión frecuente cayese cada vez menos al punto de eliminar por completo ese pecado.

Así, venció el amor del Santo; tantos logros hizo luego el joven en la vida espiritual, que Cristo lo llamó a la vida sacerdotal, muriendo luego de años, como un santo sacerdote.

Pan y Paraíso

Iba un día el santo a visitar a un enfermo fuera de los muros de Roma.

Atravesando la campiña, vio a un granjero que, descalzo y lleno de sudor, se hallaba cortando leña con un hacha.

Llegándose hasta él y con ese aire de bondad que despedía por donde fuese, le dio una palmada en la espalda y le dijo:

- Amigo mío, ¿cómo estás? ¿qué andas haciendo?
- Eh... ya lo ve... ¡estoy cortando leña!
- ¡Muy bueno! Y... ¿para qué?
- Para calmar el apetito...

- ¿Sólo para esto?
- No, también para tomarme una buena copa de vino...
- Eh! ¡No está nada mal, amigo! Un buen vaso de vino, está muy bien. Pero te ruego, no vayas a la taberna; te pondrías en ocasión para tomar demasiado. Tómallo en casa y poco a poco; pero... ¿es sólo para esto que trabajas?
- ¿Y para qué más? Ahhh.... Entendí, Padre; también trabajo para ganar el pan para mi mujer e hijos – replicó el granjero.
- ¿Solamente para esto?
- No sabría para qué más debemos trabajar – dijo el pobre hombre.
- Pero... ¿y el Paraíso, querido amigo? ¿y el hermoso Paraíso no cuenta para nada? Está bien trabajar para ganarse el pan, pero hace falta trabajar también y principalmente para ganarse el Paraíso. Recuerta siempre eh! Pan y Paraíso.

El pescador de almas

Vinieron una vez a la Iglesia de la Vallicella cuatro niños hebreos, los cuales habían quedado huérfanos y al cuidado de un pariente lejano.

Sus padres los habían educado según la religión judía y continuaban yendo a la sinagoga. Un tío de la familia, los llevó donde el P. Felipe para que éste los indujese a abrazar la Fe católica.

Felipe los acarició, les dio una fruta y dulces, pero no habló con ellos en este primer encuentro acerca de Dios ni de la necesidad de convertirse.

Los invitó solamente a que vonviersen todas las tardes para que les contase algunas historias. Luego de un tiempo y antes de entrar en argumentos religiosos, pasaron algunas tardes; luego, cuando el Santo vio que lo escuchaban con atención, comenzó a decirles:

- Pedidle al Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob, para que Él os ilumine. Los niños impregnados como estaban de la religión judía, no tenían ánimo de abandonarla.

Felipe con mil razonamientos intentaba inducirlos a una decisión.

- Si yo supiese – les decía él un día – que vuestra ley fuese mejor que la nuestra, me haría también yo judío, pero no es así...

Poco a poco, logró catequizarlos; faltaba solamente que fuesen ellos los que tomasen la iniciativa y pidiesen el bautismo. Sin embargo, se hallaban indecisos, en especial, porque pensaban que de esa manera estarían traicionando la memoria de sus amados padres.

Sabiendo que uno de sus penitentes se había enriquecido mucho en el comercio y que había acumulado un gran capital, el Santo le dijo:

- Hijo mío, cuando eras pobre tenías el rostro de un ángel y te veía siempre contento. Ahora que te has vuelto rico, has cambiado la cara y has perdido la acostumbrada alegría; te veo siempre preocupado y melancólico. ¡Piensa bien en lo que haces!

El penitente reconoció que el P. Felipe había adivinado su estado de ánimo y decidió comenzar a hacer limosnas y obras buenas.

En otra oportunidad, a un hombre que tenía gran afición por el dinero, le dijo:

“Los viejos se cuiden de la avaricia, como los jóvenes de la impureza”

El canto del “Miserere”

Felipe se divertía a costas del gran Baronio y no perdía ocasión para poner a prueba su paciencia.

Siendo llamado a las bodas de cierta Gabriela da Cortona, le había pedido a Baronio que lo acompañara para no presentarse solo a la fiesta. Luego de la ceremonia religiosa, fueron todos invitados al almuerzo festivo en el cual se hallaban personas de la más alta sociedad romana.

Llegados al momento del postre, se levantaron los amigos de los esposos y brindaron por la feliz unión. Algunos comensales que conocían el carácter alegre de San Felipe, lo invitaron a hablar.

El santo, que tenía junto a sí a Baronio, exclamó en alta voz:

- ¡Éste recita hermosamente y aún más, mucho mejor que yo! El pobre Baronio enmudeció de la vergüenza; entonces, el Santo le susurró al oído.

- César: levántate y canta el “Miserere”.

Baronio dudó por un breve instante, ya que dicho canto es un salmo penitencial que normalmente se canta para la misa de difuntos. Evidentemente esa no era la oportunidad, pero comprendió que su superior lo hacía para divertirse a su costa y humillarlo un poco más.

Lentamente y con el rostro lleno de rubor, se alzó y con todo solemte comenzó a entonar el “Miserere”. Poco a poco comenzó a invadir a todos un gran silencio y estupor por lo que el religioso hacía en un momento tan festivo.

El santo, apenas lo vio, lo recibió con los brazos abiertos y fijándole los ojos con una mirada ternísima, comenzó a llorar.

El joven se conmovió de tal manera que tampoco supo contener el llanto.

Felipe, apretando la cabeza del joven contra su pecho, lo acomañó a la Iglesia y rezó largamente junto con él. Cuando lo encontró bien dispuesto para una sincera confesión, lo invitó al confesionario, diciéndole que no dejase que el demonio lo perturbara haciéndole callar sus pecados. Arrepintiéndose, el joven se acusó de todas las culpas e incluso de aquellos pecados que nunca había declarado.

Felipe, ahora con amable sonrisa, le dijo antes de despedirlo:

- Hijito, yo sabía uno por uno tus pecados: ahora veo que has cambiado la cara y que estás limpio por dentro.

La enfermera enferma

En el hospital de los Incurables, se encontraba una enfermera en estado muy grave.

El pader Tarugi iba de tanto en tanto a visitarla, para llevarle algunas palabras de consuelo.

El santo un día, llamándolo, le preguntó de improviso:

- Dime, Francesco, ¿cómo está aquella enferma? ¿desde hace cuánto que no la ves?
- Desde hace pocos días, Padre – respondió él.
- Vé a visitarla y luego vuelve a informarte... porque me siento preocupado por su suerte.

Tarugi, luego de estas palabras, se dirigió rápidamente hacia el hospital. Apenas llegó, pudo darse cuenta que la pobre estaba a punto de expirar. Llegó justo para poder recitar con ella las oraciones para la buena muerte y logró administrarle la Extremaunción. Luego de ello, la pobre murió.

Se convenció así Tarugi que la preocupación de Felipe no era en vano, ya que había sido iluminado por Dios para poder asistir a aquella alma a punto de morir.

Los bienes de la tierra y los que se preocupan por mucho

Felipe decidió recurrir a la oración, diciéndoles:

- Mañana, diré por uds. La Santa Misa.
A los padres que le preguntaba si se convertirían, él respondía:

- Mañana, forzaremos a Dios con la oración, y ellos durante la Misa que yo diré, decidirán.

Así sucedió.

Al día siguiente, se presentaron los cuatro jóvenes hermanos y al mismo tiempo, pidieron hacerse cristianos.

Luego de casi dos meses de preparación bajo su guía, recibieron el bautismo en San Juan de Letrán, de las manos del mismo Pontífice, entonces Clemente VIII, bajo el nombre Alejandro, Agustín, Hipólito y Clemente.

La vocación más preciosa

El joven Francesco Tarugi había venido desde Montepulciano a Roma para completar los estudios literarios. Su padre era senador de Roma y presidía los negocios del estado eclesiástico.

Francesco era un perfecto caballero, inteligente, de trato señorial y distinguido; aspiraba a la carrera militar. A los treinta años, poseía todas las cualidades de un hábil hombre de corte. En Roma fue calurosamente recibido por su lejano pariente, el cardenal Del Monte, que subió más tarde al solio pontificio con el nombre de Julio III.

Tarugi había sentido hablar del simpático sacerdote florentino y quiso ir hasta San Jerónimo para confesarse con él. Desde entonces, se volvió uno de los discípulos más fieles del santo.

Su diversión preferida era el Oratorio, donde todos los días escuchaba atentamente los sermones y se divertía con amigos. Todos quedaban edificadas en ver a aquel elegante cortesano, vestido pomposamente, y que frecuentaba los sacramentos con el resto de la multitud de los fieles.

Más tarde se hizo sacerdote, por consejo del Santo, y entró a formar parte de los sacerdotes del Oratorio. Gozó de gran estima, llegando a ser obispo de Avignon y más tarde hasta cardenal. Se hallaba lleno de talentos, pero no siempre gozaba de humildad, al punto que narraremos la historia que sigue a continuación.

Felipe pone a prueba la vocación de Tarugi

En el Oratorio los hermosísimos sermones de Tarugi eran escuchados con enorme fruto. Para huirlo, sin embargo, el Santo intentaba interrumpirlo mientras predicaba para distraer al auditorio. Gritaba, reía, se agarraba fuertemente la panza y hasta bostezaba fuertemente, haciendo de cuenta que estaba terriblemente aburrido.

Una tarde, el buen Tarugi estaba en su habitación estudiando, cuando se presentó el Padre Bozzio para traerle un mensaje de parte del P. Felipe:

- Me manda el Padre – le dijo – para decirte que, conciente de tu reprochable conducta, te manda que dejes para siempre la Congregación.

Frente a estas palabras, el pobre Tarugi permaneció enormemente golpeado y pidió a Bozzio que rogara ante el Santo el perdón de sus faltas.

Esa noche Tarugi no pudo dormir; permaneció llorando y examinando su conducta para hallar los pecados por los cuales se lo echaba de su querida Congregación.

Al día siguiente, esperó la respuesta de Bozzio, pero el Santo parecía inamovible en su decisión. Finalmente, decidió él mismo ir a su habitación, pero no tuvo el coraje de entrar.

- Ven, Francesco – le gritó Felipe desde dentro, sabiendo que se encontraba fuera.

Una vez dentro, Tarugi se arrojó a los pies de su Padre y llorando le pidió perdón.

- ¡Levántate, vamos! Te concedo el perdón, pero considérate totalmente indigno de vivir con nosotros.

De este modo, el Santo ponía a prueba la vocación de uno de sus mejores discípulos.

La gallina desplumada y la murmuración

Había entre las penitentes del santo, una mujer muy dada a la murmuración que no lograba enmendarse de este pésimo hábito.

El Padre Felipe más de una vez la amonestó severamente del mal que con ello causaba, pero visto que toda palabra resultaba vana, decidió un día cortar por lo sano.

Luego de haberla escuchado una vez más en confesión, le preguntó:

- ¿Cae ud. frecuentemente en este pecado?
- ¡Siempre, Padre! Estoy tan acostumbrada que ni siquiera me doy cuenta de ello – respondió la penitente.

Ante ello, el confesor se dio cuenta de que la cosa era ya demasiado seria; luego de pensarlo vio oportuno darle una penitencia grave:

- Hija mía – continuó – vuestra falta es grande, pero la misericordia de Dios es todavía más grande. Ahora quiero hacerlos tocar con la mano todo el mal que habéis hecho. Debéis hacer esto que os diré: el primer día de mercado, comprarás una gallina muerta, pero que tenga todavía todas las plumas,
- Padre – interrumpió la penitente - ¿qué tiene que ver la gallina con la penitencia que me dais?
- ¡Cállate, que todavía no he terminado!
- Luego, con la gallina en la mano, daréis unas cuantas vueltas por el centro de la ciudad y, poco a poco, la irás desplumando hasta llegar hasta mí.

La penitente obedeció en todo a las prescripciones del confesor y luego volvió a él.

- Ahora, dijo el santo, luego de que has desplumado a la gallina, te pido que deshagas el mismo camino que hiciste al desplumarla y que recojas una por una todas las plumas.
- ¡Pero Padre! eso es imposible! ¿Quién sabe dónde estarán todas esas plumas, con el viento que había?
- Es cierto – dijo el santo – pero con esto quiero hacerte conocer que tu murmuración contra el prójimo es como estas plumas echadas al viento; tus palabras venenosas son como las plumas arrojadas al aire. ¿Cómo podréis subsanar las ofensas hechas al prójimo?

Aquella hermosa lección, hizo comprender a la señora lo terrible que resulta hablar mal del prójimo.

Una confesión sincera

Desde hacía tiempo, un jovez callaba en confesión, por vergüenza, algunos de sus pecados.

Un día, angustiado por el remordimiento de tantas confesiones y comuniones sacrílegas, decidió hablar con San Felipe Neri.